

## Fiesta de la Sagrada Familia (ciclo C)

- DEL MISAL MENSUAL
- BIBLIA DE NAVARRA ([www.bibliadenavarra.blogspot.com](http://www.bibliadenavarra.blogspot.com))
- SAN AMBROSIO ([www.iveargentina.org](http://www.iveargentina.org))
- FRANCISCO – Ángelus 2013 y 2014 – Catequesis del 17.XII.14
- BENEDICTO XVI – Ángelus 2006, 2009 y 2012
- DIRECTORIO HOMILÉTICO – Congregación para el Culto Divino y la Disciplina de los Sacramentos
- RANIERO CANTALAMESSA ([www.cantalamessa.org](http://www.cantalamessa.org))
- FLUVIUM ([www.fluvium.org](http://www.fluvium.org))
- PALABRA Y VIDA ([www.palabrayvida.com.ar](http://www.palabrayvida.com.ar))
- BIBLIOTECA ALMUDÍ ([www.almudi.org](http://www.almudi.org))
  - Homilías con textos de homilías pronunciadas por San Juan Pablo II
  - Homilía a cargo de D. Justo Luis Rodríguez Sánchez de Alva
  - Homilía basada en el Catecismo de la Iglesia Católica
- HABLAR CON DIOS ([www.hablarcondios.org](http://www.hablarcondios.org))
- Rev. D. Joan Ant. MATEO i García (La Fuliola, Lleida, España) ([www.evangelinet.net](http://www.evangelinet.net))

\*\*\*

### DEL MISAL MENSUAL

#### LA GRATITUD Y LA GRATUIDAD

1 S 1, 20-22. 24-28; 1 Jo 3, 1-2. 21-24; Lc 2, 41-52

Dos familias, dos historias distantes en el tiempo y semejantes en más de algún detalle. Ana es una mujer humillada por la fuerza de las costumbres patriarcales, que soportó durante años las humillaciones de la esposa fecunda de Elcaná, su marido. Ana jamás se rindió y externó su dolor confiadamente ante el Señor, que en su momento la atendió, dándole en Samuel a un hijo, que cumplió una función importante en Israel. Agradecida lo consagró para siempre al servicio del Señor en Siló. María y José reciben el privilegio de acoger a Jesús, el predilecto del Padre, para que atestigüe el amor misericordioso del Señor a favor de los suyos. Desde el momento que su familia sube al templo para agradecer la vida del pequeño Jesús, él asume anticipadamente su misión, ocupándose como nos refiere san Lucas, “de las cosas de su Padre”.

#### ANTÍFONA DE ENTRADA Lc 2, 16

*Llegaron los pastores a toda prisa y encontraron a María y a José, y al niño recostado en un pesebre.*

*Se dice* Gloria

#### ORACIÓN COLECTA

Señor Dios, que te dignaste dejarnos el más perfecto ejemplo en la Sagrada Familia de tu Hijo, concédenos benignamente que, imitando sus virtudes domésticas y los lazos de caridad que la unió, podamos gozar de la eterna recompensa en la alegría de tu casa. Por nuestro Señor Jesucristo...

## **LITURGIA DE LA PALABRA**

### **PRIMERA LECTURA**

*Samuel quedará consagrado de por vida al Señor.*

**Del primer libro de Samuel: 1, 20-22. 24-28**

**E**n aquellos días, Ana concibió, dio a luz un hijo y le puso por nombre Samuel, diciendo: “Al Señor se lo pedí”. Después de un año, Elcaná, su marido, subió con toda la familia para hacer el sacrificio anual para honrar al Señor y para cumplir la promesa que habían hecho, pero Ana se quedó en su casa.

Un tiempo después, Ana llevó a Samuel, que todavía era muy pequeño, a la casa del Señor, en Siló, y llevó también un novillo de tres años, un costal de harina y un odre de vino.

Una vez sacrificado el novillo, Ana presentó el niño a Elí y le dijo: “Escúchame, señor: te juro por mi vida que yo soy aquella mujer que estuvo junto a ti, en este lugar, orando al Señor. Este es el niño que yo le pedía al Señor y que Él me ha concedido. Por eso, ahora yo se lo ofrezco al Señor, para que le quede consagrado de por vida”. Y adoraron al Señor.

**Palabra de Dios. *Te alabamos, Señor.***

### **SALMO RESPONSORIAL**

*Del salmo 83*

**R/. Señor, dichosos los que viven en tu casa.**

Anhelando los atrios del Señor se consume mi alma. Todo mi ser de gozo se estremece y el Dios vivo es la causa. **R/.**

Dichosos los que viven en tu casa, te alabarán para siempre; dichosos los que encuentran en ti su fuerza y la esperanza de su corazón. **R/.**

Escucha mi oración, Señor de los ejércitos; Dios de Jacob, atiéndeme. Míranos, Dios y protector nuestro, y contempla el rostro de tu Mesías. **R/.**

### **SEGUNDA LECTURA**

*Nos llamamos hijos de Dios y lo somos.*

**De la primera carta del apóstol san Juan 3, 1-2. 21-24**

**Q**ueridos hijos: Miren cuánto amor nos ha tenido el Padre, pues no sólo nos llamamos hijos de Dios, sino que lo somos. Si el mundo no nos reconoce, es porque tampoco lo ha reconocido a Él.

Hermanos míos, ahora somos hijos de Dios, pero aún no se ha manifestado cómo seremos al fin. Y ya sabemos que, cuando Él se manifieste, vamos a ser semejantes a Él, porque lo veremos tal cual es.

Si nuestra conciencia no nos remuerde, entonces, hermanos míos, nuestra confianza en Dios es total. Puesto que cumplimos los mandamientos de Dios y hacemos lo que le agrada, ciertamente obtendremos de Él todo lo que le pidamos.

Ahora bien, éste es su mandamiento: que creamos en la persona de Jesucristo, su Hijo, y nos amemos los unos a los otros, conforme al precepto que nos dio. Quien cumple sus mandamientos permanece en Dios y Dios en él. En esto conocemos, por el Espíritu que Él nos ha dado, que Él permanece en nosotros. **Palabra de Dios. Te alabamos, Señor.**

**ACLAMACIÓN ANTES DEL EVANGELIO Cfr. Hch 16, 14**

**R/. Aleluya, aleluya.**

Abre, Señor, nuestros corazones, para que aceptemos las palabras de tu Hijo. **R/.**

**EVANGELIO**

*Los padres de Jesús lo encontraron en medio de los doctores.*

**Del santo Evangelio según san Lucas: 2, 41-52**

Los padres de Jesús solían ir cada año a Jerusalén para las festividades de la Pascua. Cuando el niño cumplió doce años, fueron a la fiesta, según la costumbre. Pasados aquellos días, se volvieron, pero el niño Jesús se quedó en Jerusalén, sin que sus padres lo supieran. Creyendo que iba en la caravana, hicieron un día de camino; entonces lo buscaron, y al no encontrarlo, regresaron a Jerusalén en su busca.

Al tercer día lo encontraron en el templo, sentado en medio de los doctores, escuchándolos y haciéndoles preguntas. Todos los que lo oían se admiraban de su inteligencia y de sus respuestas. Al verlo, sus padres se quedaron atónitos y su madre le dijo: “Hijo mío, ¿por qué te has portado así con nosotros? Tu padre y yo te hemos estado buscando llenos de angustia”. Él les respondió: “¿Por qué me andaban buscando? ¿No sabían que debo ocuparme en las cosas de mi Padre?” Ellos no entendieron la respuesta que les dio. Entonces volvió con ellos a Nazaret y siguió sujeto a su autoridad. Su madre conservaba en su corazón todas aquellas cosas.

Jesús iba creciendo en saber, en estatura y en el favor de Dios y de los hombres. **Palabra del Señor. Gloria a ti, Señor Jesús.**

*Se dice* **Credo**

**PLEGARIA UNIVERSAL**

*Oremos, hermanos, a Jesucristo, el Señor, que, para santificar la familia, quiso compartir la vida de un hogar humano. Digamos: Escúchanos, Señor.*

- 1.** Para que el Señor, que quiso participar de la vida de familia en el hogar de María y José, mantengan en paz y armonía a todas las familias cristianas, *roguemos al Señor.*
- 2.** Para que los novios sientan la presencia de Dios en la vivencia de su amor mutuo y se preparen santamente para su matrimonio, *roguemos al Señor.*
- 3.** Para que Dios ilumine y consuele a las familias desunidas, a los esposos que han de vivir separados por causa del trabajo, a los hijos de los divorciados, a los hogares sin hijos y a los que lloran la muerte de sus familiares, *roguemos al Señor.*
- 4.** Para que nos esforcemos por vivir en paz y armonía con nuestros familiares (con los miembros de nuestra comunidad), superando con bondad, comprensión y caridad fraterna nuestras mutuas desavenencias, *roguemos al Señor.*

*Señor Dios nuestro, que has querido que tu Hijo, engendrado antes de todos los siglos, fuera miembro de una familia humana, escucha nuestras súplicas y haz que los padres y madres de familia*

*participen de la fecundidad de tu amor, y que sus hijos crezcan en sabiduría, entendimiento y gracia ante ti y ante los hombres. Por Jesucristo, nuestro Señor.*

### **ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS**

Te ofrecemos, Señor, este sacrificio de reconciliación, y te pedimos humildemente que, por la intercesión de la Virgen Madre de Dios y de san José, fortalezcas nuestras familias en tu gracia y en tu paz. Por Jesucristo, nuestro Señor.

**Prefacio I-III de Navidad**

### **ANTÍFONA DE LA COMUNIÓN Bar 3, 38**

*Nuestro Dios apareció en el mundo y convivió con los hombres.*

### **ORACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN**

Padre misericordioso, haz que, reanimados con este sacramento celestial, imitemos constantemente los ejemplos de la Sagrada Familia, para que, superadas las aflicciones de esta vida, consigamos gozar eternamente de su compañía. Por Jesucristo, nuestro Señor.

**Puede utilizarse la fórmula de bendición solemne.**

**UNA REFLEXIÓN PARA NUESTRO TIEMPO.-** Las dos narraciones que nos refiere este domingo la liturgia son una magnífica lección sobre la gratuidad. Ana, madre de Samuel y José y María, padres de Jesús, se presentan en su momento en el templo para entregar a Dios lo que más aman, a su único hijo. En una sociedad encaminada a la consecución del éxito económico como la nuestra, resulta cada vez más extraño encontrar familias que animen y estimulen a sus hijos —como ocurría hace medio siglo— a que sirvan al Señor y a la comunidad eclesial en alguna vocación consagrada. Más allá de la crisis de credibilidad que atraviesa el sacerdocio y la vida religiosa, podemos afirmar que también existe una disminución de la gratuidad y la donación de sí mismo. El predominio de una sociedad de mercado nos ha tornado insensibles a otros valores distintos de la eficiencia y la productividad. En el pecado, llevamos la penitencia.

---

### **BIBLIA DE NAVARRA ([www.bibliadenavarra.blogspot.com](http://www.bibliadenavarra.blogspot.com))**

#### **El que teme al Señor honra a sus padres (Si 3,3-7.14-16)**

#### **1ª lectura**

La sabiduría tradicional invita a observar atentamente lo que sucede, para encontrar los modos más eficaces de alcanzar la felicidad. Desde esa perspectiva se contemplan ahora las relaciones de los hijos con sus padres: honrar a los padres trae beneficios.

Sin embargo, la perspectiva de Ben Sirac es, por encima de todo, religiosa. El Decálogo así lo establecía claramente: «Honra a tu padre y a tu madre, como te mandó el Señor, tu Dios, para que se alarguen tus días y te vaya bien en la tierra» (Dt 5,16; cfr Ex 20,12), y estos versículos son una preciosa glosa, en la que no se ahorran elogios para quien cumple delicadamente este mandamiento. Con todo, el v. 3 señala también un hondo motivo para vivir la piedad filial: los buenos hijos son, sobre todo, honra gloriosa para los padres. Con razón la liturgia de la Iglesia recoge estos versículos como primera lectura en la fiesta de la Sagrada Familia, pues Dios honró a Santa María y a San José con Jesús.

Finalmente (cfr vv. 14-16), el texto se detiene en los deberes de piedad filial cuando los padres no pueden valerse por sí mismos: «El cuarto mandamiento recuerda a los hijos mayores de edad sus responsabilidades para con los padres. En la medida en que ellos pueden, deben prestarles ayuda material y moral en los años de vejez y durante sus enfermedades, y en momentos de soledad o de abatimiento. Jesús recuerda este deber de gratitud (cfr Mc 7,10-12)» (*Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 2218).

### **La vida de familia (Col 3,12-21)**

#### **2ª lectura**

Las virtudes que enumera el Apóstol como características del hombre nuevo son diversas manifestaciones de la caridad que es el «vínculo de la perfección» (v. 14). «Si el amor no va por delante, no se cumplirá ninguno de los preceptos. Pues sólo dejamos de hacer el mal a los demás y nos preocupamos de hacer el bien, cuando amamos a los demás» (Severiano de Gábalá, *Fragmenta in Colossenses*).

Haciendo las cosas bien, por amor, todas las realidades auténticamente humanas son santificables y deben ser santificadas (v. 17). *Os aseguro (...) que cuando un cristiano desempeña con amor lo más intrascendente de las acciones diarias, aquello rebosa de la trascendencia de Dios. Por eso os he repetido, con un repetido martilleo, que la vocación cristiana consiste en hacer endecasílabos de la prosa de cada día. En la línea del horizonte (...) parecen unirse el cielo y la tierra. Pero no, donde de verdad se juntan es en vuestros corazones, cuando vivís santamente la vida ordinaria* (S. Josemaría Escrivá, *Conversaciones*, n. 116).

La aplicación de la doctrina precedente a la vida familiar (3,18-21) tiene su fundamento en la caridad y en la necesidad de comportarse cara a Dios. Las funciones del padre, la madre y los hijos adquieren también así un sentido nuevo. En toda familia debe haber un «intercambio educativo entre padres e hijos (cfr Ef 6,1-4; Col 3,20 s.), en que cada uno da y recibe. Mediante el amor, el respeto y la obediencia a los padres, los hijos aportan su específica e insustituible contribución a la edificación de una familia auténticamente humana y cristiana (cfr *Gaudium et spes*, n. 48). Cumplirán más fácilmente esta función si los padres ejercen su autoridad irrenunciable como un verdadero y propio “ministerio”, esto es, como un servicio ordenado al bien humano y cristiano de los hijos, y ordenado en particular a hacerles adquirir una libertad verdaderamente responsable» (Juan Pablo II, *Familiaris consortio*, n. 21).

### **¿No sabían que debo ocuparme en las cosas de mi Padre? (Lc 2, 41-52)**

#### **Evangelio**

Sólo San Lucas (2,41-50) ha recogido el suceso del Niño Jesús perdido y hallado en el Templo, que piadosamente contemplamos en el quinto misterio gozoso del santo Rosario.

El viaje era obligatorio sólo para los varones de doce años en adelante. La distancia entre Nazaret y Jerusalén en línea recta es de unos 100 kms. Teniendo en cuenta las zonas montañosas los caminos darían un rodeo que puede calcularse en 140 kms.

En las peregrinaciones a Jerusalén los judíos solían caminar en dos grupos: uno de hombres y otro de mujeres. Los niños podían ir con cualquiera de los dos. Esto explica que pudiera pasar inadvertida la ausencia del Niño hasta que terminó la primera jornada, momento en el que se reagrupaban las familias para acampar.

**Llora María. —Por demás hemos corrido tú y yo de grupo en grupo, de caravana en caravana: no Le han visto. —José, tras hacer inútiles esfuerzos por no llorar, llora también: ...Y tú... Y yo.**

**Yo, como soy un criadito basto, lloro a moco tendido y clamo al cielo y a la tierra..., por cuando Le perdí por mi culpa y no clamé** (San Josemaría, *Santo Rosario*, quinto misterio gozoso).

La solicitud con que María y José buscan al Niño ha de estimularnos a nosotros a buscar siempre a Jesús, sobre todo cuando lo hayamos perdido por el pecado.

**Jesús: que nunca más te pierda... Y entonces la desgracia y el dolor nos unen, como nos unió el pecado, y salen de todo nuestro ser gemidos de profunda contrición y frases ardientes, que la pluma no puede, no debe estampar** (*ibídem.*).

Seguramente el Niño Jesús estaría en el atrio del Templo, donde los doctores solían enseñar. Los que querían escuchaban las explicaciones, sentados en el suelo, interviniendo a veces con preguntas y respuestas. El Niño Jesús siguió esta costumbre, pero sus preguntas y respuestas llamaron la atención de los doctores por su sabiduría y ciencia.

La Virgen sabía desde el anuncio del ángel que el Niño Jesús era Dios. Esta fe fundamentó una constante actitud de generosa fidelidad a lo largo de toda su vida. Pero esta fe no tenía por qué incluir el conocimiento concreto de todos los sacrificios que Dios Le pediría, ni del modo cómo Cristo llevaría a cabo su misión redentora. Lo iría descubriendo en la contemplación de la vida de Nuestro Señor.

La respuesta de Cristo es una explicación. Las palabras del Niño —que son las primeras que recoge el Evangelio— enseñan claramente su Filiación divina. Y afirman su voluntad de cumplir los designios de su Padre Eterno. «No los reprende —a María y José— porque lo buscan como hijo, sino que les hace levantar los ojos de su espíritu para que vean lo que debe a Aquel de quien es Hijo Eterno» (*In Lucae Evangelium expositio*, in loc.). Jesús nos enseña a todos que por encima de cualquier autoridad humana, incluso la de los padres, está el deber primario de cumplir la voluntad de Dios: **Y, al consolarnos con el gozo de encontrar a Jesús —¡tres días de ausencia!— disputando con los Maestros de Israel (Lc 11,46), quedará muy grabada en tu alma y en la mía la obligación de dejar a los de nuestra casa por servir al Padre Celestial** (San Josemaría, *id.*).

Hay que tener en cuenta que Jesús conocía con detalle desde su concepción el desarrollo de toda su vida en la tierra. Las palabras con que responde a sus padres denotan ese conocimiento. María y José se dieron cuenta de que esa respuesta entrañaba un sentido muy profundo que no llegaban a entender. Lo fueron comprendiendo a medida que los acontecimientos de la vida de su Hijo se iban desarrollando. La fe de María y José y su actitud de reverencia frente al Niño les llevaron a no preguntar más por entonces, y a meditar, como en otras ocasiones, las obras y palabras de Jesús.

El Evangelio nos resume la vida admirable de Jesús en Nazaret con sólo tres palabras: *erat subditus illis*, les estaba sujeto, les obedecía. **Jesús obedece, y obedece a José y a María. Dios ha venido a la tierra para obedecer, y para obedecer a las criaturas. Son dos criaturas perfectísimas: Santa María, nuestra Madre, más que Ella sólo Dios; y aquel varón castísimo, José. Pero criaturas. Y Jesús, que es Dios, les obedecía. Hemos de amar a Dios, para así amar su voluntad y tener deseos de responder a las llamadas que nos dirige a través de las obligaciones de nuestra vida corriente: en los deberes de estado, en la profesión, en el trabajo, en la familia, en el trato social, en el propio sufrimiento y en el de los demás hombres, en la amistad, en el afán de realizar lo que es bueno y justo** (San Josemaría, *Es Cristo que pasa*, n. 17).

En Nazaret permaneció Jesús como uno más de los hijos de los hombres, trabajando en el mismo oficio de San José y ganando el sustento con el sudor de su frente. *Esos años ocultos del Señor no son algo sin significado, ni tampoco una simple preparación de los años que vendrían después: los de su vida pública. Desde 1928 comprendí con claridad que Dios desea que los cristianos tomen ejemplo de toda la vida del Señor. Entendí especialmente su vida escondida, su vida de trabajo corriente en medio de los hombres: el Señor quiere que muchas almas encuentren su camino en los años de vida callada y sin brillo. Obedecer a la voluntad de Dios es siempre, por tanto, salir de nuestro egoísmo; pero no tiene por qué reducirse principalmente a alejarse de las circunstancias ordinarias de la vida de los hombres, iguales a nosotros por su estado, por su profesión, por su situación en la sociedad.*

*Sueño —y el sueño se ha hecho realidad— con muchedumbres de hijos de Dios, santificándose en su vida de ciudadanos corrientes, compartiendo afanes, ilusiones y esfuerzos con las demás criaturas. Necesito gritarles esta verdad divina: si permanecéis en medio del mundo, no es porque Dios se haya olvidado de vosotros, no es porque el Señor no os haya llamado. Os ha invitado a que continuéis en las actividades y en las ansiedades de la tierra, porque os ha hecho saber que vuestra vocación humana, vuestra profesión, vuestras cualidades, no sólo no son ajenas a sus designios divinos, sino que Él las ha santificado como ofrenda gratísima al Padre (Id., n. 20).*

Según su naturaleza humana Jesús Niño crecía como uno de nosotros. El crecimiento en sabiduría ha de entenderse en cuanto a la ciencia experimental: los conocimientos adquiridos por su entendimiento humano a partir de las cosas sensibles y de la experiencia de la vida. También cabe hablar de aumento de sabiduría y de gracia según los efectos o manifestaciones externas; en este aspecto Cristo realizaba obras siempre perfectas en relación con su edad.

En la humanidad de Jesús había tres clases de ciencia: 1. la ciencia de los bienaventurados (visión de la esencia divina) en razón de la unión hipostática (unión de la naturaleza humana de Cristo con la divina en la única persona del Verbo). Esta ciencia no podía crecer. 2. la ciencia infusa, que perfeccionaba su inteligencia y por la que conocía todas las cosas, incluso las ocultas, como leer en los corazones de los hombres. Esta ciencia tampoco podía aumentar. 3. la ciencia adquirida, por la cual, como los demás hombres, adquiriría nuevos conocimientos a partir de las experiencias sensibles. Esta evidentemente crecía con el paso de los años.

En cuanto a la gracia, propiamente hablando, Jesús no podía crecer. Desde el primer instante de su concepción tenía la gracia en toda su plenitud; esta plenitud deriva de poseer el principio de la gracia en razón de la unión hipostática. Según explica Santo Tomás: «El fin de la gracia es la unión de la criatura racional con Dios, y no puede haber ni puede entenderse una unión más íntima de la criatura racional con Dios que la que se da en la persona de Cristo (...). Es pues evidente que la gracia de Cristo no pudo aumentar por parte de la misma gracia. Ni tampoco pudo aumentar por parte de Cristo en cuanto hombre que fue verdadera y plenamente comprensor, bienaventurado, desde el primer instante de su concepción. Por tanto no pudo aumentar en el Él la gracia» (Santo Tomás de Aquino, *Suma Teológica*, III, q. 7, a. 12).

Puede hablarse, no obstante, de un crecimiento en gracia según los efectos. En todo caso, nos encontramos aquí ante uno de los misterios de la fe que exceden nuestra inteligencia. ¡Qué pequeño sería Dios si nosotros lo pudiéramos entender y explicar perfectamente! Cristo ocultando su poder y sabiduría infinitas, haciéndose Niño, ¡qué gran lección es para nuestro orgullo!



**SAN AMBROSIO (www.iveargentina.org)**

**Jesús, ejemplo de virtudes familiares**

*Y cuando llegó a la edad de doce años.* A los doce años, según leemos, es cuando comenzó la enseñanza del Señor; pues un mismo número de mensajeros se había reservado a la predicación de la fe. No sin motivo, olvidándose de sus padres según la carne, el que, aun en su carne mortal, estaba lleno de la sabiduría de Dios y de su gracia, al cabo de tres días fue encontrado en el templo, como signo de que a los tres días de su pasión triunfante, resucitado, debía presentarse a nuestra fe sobre el trono del cielo y entre los honores divinos el que era creído muerto.

*¿Por qué me buscabais? ¿No sabíais que debía dedicarme en los asuntos de mi Padre?* Existen en Cristo dos filiaciones: una es de su Padre, y otra de su Madre. La primera, por su Padre, es toda divina, mientras que por su Madre ha descendido a nuestros trabajos y costumbres. Por lo mismo, lo que sobrepasa la naturaleza, la edad, la costumbre, no ha de ser atribuido a las facultades humanas, sino referido a las energías divinas. En otro lugar, la madre le impulsa a hacer un acto misterioso (milagroso) (Jn 2,3); aquí la madre es reprendida por exigir todavía algo humano. Mas, como aquí se le muestra en la edad de doce años, allí se nos dice que tenía discípulos, observa que la Madre aprendió del Hijo a exigir el misterio en su mayor edad, la que se admiraba del milagro en el más joven.

*Y vino a Nazaret y les estaba sometido.* Maestro de la virtud, ¿podría no cumplir sus deberes de piedad filial? ¿Y nos extrañan a nosotros sus deferencias para con el Padre si se somete a la Madre? No es su debilidad, sino su piedad la que hace esta dependencia, aunque, saliendo de su antro tortuoso, la serpiente del error levante la cabeza y, de sus entrañas viperinas, vomitase el veneno. Cuando el Hijo se llama “enviado”, el hereje llama mayor al Padre, para declarar imperfecto a este Hijo que puede tener a Alguien más grande que El, para afirmar que tiene necesidad de socorros extraños, puesto que ha sido “enviado”. ¿Necesitaba acaso un auxilio humano para servir al mandato materno? Era deferente con el hombre, era deferente con la esclava —pues ella dijo de sí: *He aquí la esclava del Señor*—, era deferente con su padre putativo; ¿por qué te extraña su deferencia para con Dios? ¿Sería, pues, ser deferente para con el hombre piedad, y para con Dios debilidad? Que al menos lo humano te haga apreciar lo divino y reconocer qué amor es debido a un padre. *El Padre honra al Hijo* (Jn 8,54), ¿no quieres que el hijo honre al Padre? El Padre, hablando desde el cielo, declara que se complace en su Hijo, ¿no quieres tú que el Hijo, cubierto con el vestido de una carne humana, expresando en el lenguaje del hombre un sentimiento humano, declare a su Padre mayor que El? Pues si *el Señor es grande, y digno de toda alabanza, y su grandeza no tiene fin* (Ps 144,3), es cierto que una grandeza que no tiene fin no puede recibir aumento. Pero ¿por qué no entender y admitir con espíritu religioso la obediencia del Hijo para con el Padre en el cuerpo que ha tomado, cuando admito religiosamente el homenaje del Padre para con el Hijo?

Aprende mejor los preceptos que te serán útiles y reconoce los ejemplos de piedad filial. Aprende lo que tú debes hacer con tus padres al leer que el Hijo no se separa del Padre ni por la voluntad, ni por la actividad, ni en el tiempo. Aunque son dos personas, por el poder no son más que Uno. Y este Padre celestial no ha experimentado los trabajos de la generación; tú, en cambio, debes a tu madre la pérdida de su integridad, el sacrificio de su virginidad, los peligros del parto; a tu madre las fatigas prolongadas, pues la pobre, en estos frutos tan deseados, peligra mucho más, y el nacimiento que ha deseado la libra de su trabajo, no de sus temores. ¿Qué decir del cuidado de los padres por la educación de sus hijos, de sus cargas multiplicadas por las necesidades de otros, de las semillas lanzadas por el trabajo y que aprovecharán a las generaciones siguientes? ¿No debe exigir



todo esto al menos alguna sumisión? ¿Cómo encuentra el ingrato que su padre vive demasiado tiempo y le incomoda la comunidad de patrimonio, cuando Cristo no ha desechado a los herederos?

*(Tratado sobre el Evangelio de San Lucas (I) n° 63-66, BAC Madrid 1966, pp. 121-24)*

---

**FRANCISCO – Ángelus 2013 y 2014 – Catequesis del 17.XII.14**

**Ángelus 2013**

**Para vivir en paz y alegría en la familia: permiso, gracias y perdón**

*Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días!*

En este primer domingo después de Navidad, la Liturgia nos invita a celebrar la fiesta de la Sagrada Familia de Nazaret. En efecto, cada belén nos muestra a Jesús junto a la Virgen y a san José, en la cueva de Belén. Dios quiso nacer en una familia humana, quiso tener una madre y un padre, como nosotros.

Y hoy el Evangelio nos presenta a la Sagrada Familia por el camino doloroso del destierro, en busca de refugio en Egipto. José, María y Jesús experimentan la condición dramática de los refugiados, marcada por miedo, incertidumbre, incomodidades (cf. *Mt* 2, 13-15.19-23). Lamentablemente, en nuestros días, millones de familias pueden reconocerse en esta triste realidad. Casi cada día la televisión y los periódicos dan noticias de refugiados que huyen del hambre, de la guerra, de otros peligros graves, en busca de seguridad y de una vida digna para sí mismos y para sus familias.

En tierras lejanas, incluso cuando encuentran trabajo, no siempre los refugiados y los inmigrantes encuentran auténtica acogida, respeto, aprecio por los valores que llevan consigo. Sus legítimas expectativas chocan con situaciones complejas y dificultades que a veces parecen insuperables. Por ello, mientras fijamos la mirada en la Sagrada Familia de Nazaret en el momento en que se ve obligada a huir, pensemos en el drama de los inmigrantes y refugiados que son víctimas del rechazo y de la explotación, que son víctimas de la trata de personas y del trabajo esclavo. Pero pensemos también en los demás «exiliados»: yo les llamaría «exiliados ocultos», esos exiliados que pueden encontrarse en el seno de las familias mismas: los ancianos, por ejemplo, que a veces son tratados como presencias que estorban. Muchas veces pienso que un signo para saber cómo va una familia es ver cómo se tratan en ella a los niños y a los ancianos.

Jesús quiso pertenecer a una familia que experimentó estas dificultades, para que nadie se sienta excluido de la cercanía amorosa de Dios. La huida a Egipto causada por las amenazas de Herodes nos muestra que Dios está allí donde el hombre está en peligro, allí donde el hombre sufre, allí donde huye, donde experimenta el rechazo y el abandono; pero Dios está también allí donde el hombre sueña, espera volver a su patria en libertad, proyecta y elige en favor de la vida y la dignidad suya y de sus familiares.

Hoy, nuestra mirada a la Sagrada Familia se deja atraer también por la sencillez de la vida que ella lleva en Nazaret. Es un ejemplo que hace mucho bien a nuestras familias, les ayuda a convertirse cada vez más en una comunidad de amor y de reconciliación, donde se experimenta la ternura, la ayuda mutua y el perdón recíproco. Recordemos las tres palabras clave para vivir en paz y alegría en la familia: permiso, gracias, perdón. Cuando en una familia no se es entrometido y se pide «permiso», cuando en una familia no se es egoísta y se aprende a decir «gracias», y cuando en una familia uno se da cuenta que hizo algo malo y sabe pedir «perdón», en esa familia hay paz y hay

alegría. Recordemos estas tres palabras. Pero las podemos repetir todos juntos: permiso, gracias, perdón. (Todos: *permiso, gracias, perdón*) Desearía alentar también a las familias a tomar conciencia de la importancia que tienen en la Iglesia y en la sociedad. El anuncio del Evangelio, en efecto, pasa ante todo a través de las familias, para llegar luego a los diversos ámbitos de la vida cotidiana.

Invoquemos con fervor a María santísima, la Madre de Jesús y Madre nuestra, y a san José, su esposo. Pidámosle a ellos que iluminen, conforten y guíen a cada familia del mundo, para que puedan realizar con dignidad y serenidad la misión que Dios les ha confiado.

\*\*\*

## **Ángelus 2014**

### **La Familia de Nazaret es santa porque está centrada en Jesús**

*Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días!*

En este primer domingo después de Navidad, mientras estamos aún inmersos en el clima gozoso de la fiesta, la Iglesia nos invita a contemplar a la Sagrada Familia de Nazaret. El Evangelio de hoy nos presenta a la Virgen y a san José en el momento en que, cuarenta días después del nacimiento de Jesús, van al templo de Jerusalén. Lo hacen en religiosa obediencia a la Ley de Moisés, que prescribe ofrecer el primogénito al Señor (cf. *Lc2, 22-24*).

Podemos imaginar a esta pequeña familia, en medio de tanta gente, en los grandes atrios del templo. No sobresale a la vista, no se distingue... Sin embargo, no pasa desapercibida. Dos ancianos, Simeón y Ana, movidos por el Espíritu Santo, se acercan y comienzan a alabar a Dios por ese Niño, en quien reconocen al Mesías, luz de las gentes y salvación de Israel (cf. *Lc2, 22-38*). Es un momento sencillo pero rico de profecía: el encuentro entre dos jóvenes esposos llenos de alegría y de fe por las gracias del Señor; y dos ancianos también ellos llenos de alegría y de fe por la acción del Espíritu. ¿Quién hace que se encuentren? Jesús. Jesús hace que se encuentren: los jóvenes y los ancianos. Jesús es quien acerca a las generaciones. Es la fuente de ese amor que une a las familias y a las personas, venciendo toda desconfianza, todo aislamiento, toda distancia. Esto nos hace pensar también en los abuelos: ¡cuán importante es su presencia, la presencia de los abuelos! ¡Cuán precioso es su papel en las familias y en la sociedad! La buena relación entre los jóvenes y los ancianos es decisivo para el camino de la comunidad civil y eclesial. Y mirando a estos dos ancianos, a estos dos abuelos —Simeón y Ana— saludamos desde aquí, con un aplauso, a todos los abuelos del mundo.

El mensaje que proviene de la Sagrada Familia es ante todo un mensaje de *fe*. En la vida familiar de María y José Dios está verdaderamente en el centro, y lo está en la Persona de Jesús. Por eso la Familia de Nazaret es santa. ¿Por qué? Porque está centrada en Jesús.

Cuando padres e hijos respiran juntos este clima de fe, poseen una energía que les permite afrontar pruebas incluso difíciles, como muestra la experiencia de la Sagrada Familia, por ejemplo, en el hecho dramático de la huida a Egipto: una dura prueba.

El Niño Jesús, con su Madre María y con san José, son una imagen familiar sencilla pero muy luminosa. La luz que ella irradia es luz de misericordia y de salvación para todo el mundo, luz de verdad para todo hombre, para la familia humana y para cada familia. Esta luz que viene de la Sagrada Familia nos alienta a ofrecer calor humano en esas situaciones familiares en las que, por diversos motivos, falta la paz, falta la armonía y falta el perdón. Que no disminuya nuestra solidaridad concreta especialmente en relación con las familias que están viviendo situaciones más difíciles por las enfermedades, la falta de trabajo, las discriminaciones, la necesidad de emigrar... Y aquí nos detenemos un poco y en silencio rezamos por todas esas familias en dificultad, tanto

dificultades de enfermedad, falta de trabajo, discriminación, necesidad de emigrar, como dificultades para comprenderse e incluso de desunión. En silencio rezamos por todas esas familias... (Dios te salve María...).

Encomendamos a María, Reina y madre de la familia, a todas las familias del mundo, a fin de que puedan vivir en la fe, en la concordia, en la ayuda mutua, y por esto invoco sobre ellas la maternal protección de quien fue madre e hija de su Hijo.

\*\*\*

### **Catequesis del 17 de diciembre de 2014**

#### **La Sagrada Familia nos compromete a redescubrir la vocación y la misión de la familia**

*Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días!*

El Sínodo de los obispos sobre la familia, que se acaba de celebrar, ha sido la primera etapa de un camino, que se concluirá el próximo mes de octubre con la celebración de otra asamblea sobre el tema «Vocación y misión de la familia en la Iglesia y en el mundo». La oración y la reflexión que deben acompañar este camino implican a todo el pueblo de Dios. Quisiera que también las habituales meditaciones de las audiencias del miércoles se introduzcan en este camino común. He decidido, por ello, reflexionar con vosotros, durante este año, precisamente sobre la familia, sobre este gran don que el Señor entregó al mundo desde el inicio, cuando confirió a Adán y Eva la misión de multiplicarse y llenar la tierra (cf. *Gn* 1, 28). Ese don que Jesús confirmó y selló en su Evangelio.

La cercanía de la Navidad enciende una gran luz sobre este misterio. La Encarnación del Hijo de Dios abre un nuevo inicio en la historia universal del hombre y la mujer. Y este nuevo inicio tiene lugar en el seno de una familia, en Nazaret. Jesús nació en una familia. Él podía llegar de manera espectacular, o como un guerrero, un emperador... No, no: viene como un hijo de familia. Esto importante: contemplar en el belén esta escena tan hermosa.

Dios eligió nacer en una familia humana, que Él mismo formó. La formó en un poblado perdido de la periferia del Imperio Romano. No en Roma, que era la capital del Imperio, no en una gran ciudad, sino en una periferia casi invisible, sino más bien con mala fama. Lo recuerdan también los Evangelios, casi como un modo de decir: «¿De Nazaret puede salir algo bueno?» (*Jn* 1, 46). Tal vez, en muchas partes del mundo, nosotros mismos aún hablamos así, cuando oímos el nombre de algún sitio periférico de una gran ciudad. Sin embargo, precisamente allí, en esa periferia del gran Imperio, inició la historia más santa y más buena, la de Jesús entre los hombres. Y allí se encontraba esta familia.

Jesús permaneció en esa periferia durante treinta años. El evangelista Lucas resume este período así: Jesús «estaba sujeto a ellos [es decir a María y a José]. Y uno podría decir: «Pero este Dios que viene a salvarnos, ¿perdió treinta años allí, en esa periferia de mala fama?». ¡Perdió treinta años! Él quiso esto. El camino de Jesús estaba en esa familia. «Su madre conservaba todo esto en su corazón. Y Jesús iba creciendo en sabiduría, en estatura y en gracia ante Dios y ante los hombres» (2, 51-52). No se habla de milagros o curaciones, de predicaciones —no hizo nada de ello en ese período—, de multitudes que acudían a Él. En Nazaret todo parece suceder «normalmente», según las costumbres de una piadosa y trabajadora familia israelita: se trabajaba, la mamá cocinaba, hacía todas las cosas de la casa, planchaba las camisas... todas las cosas de mamá. El papá, carpintero, trabajaba, enseñaba al hijo a trabajar. Treinta años. «¡Pero qué desperdicio, padre!». Los caminos de Dios son misteriosos. Lo que allí era importante era la familia. Y eso no era un desperdicio. Eran grandes santos: María, la mujer más santa, inmaculada, y José, el hombre más justo... La familia.

Ciertamente que nos enterneceríamos con el relato acerca del modo en que Jesús adolescente afrontaba las citas de la comunidad religiosa y los deberes de la vida social; al conocer cómo, siendo joven obrero, trabajaba con José; y luego su modo de participar en la escucha de las Escrituras, en la oración de los salmos y en muchas otras costumbres de la vida cotidiana. Los Evangelios, en su sobriedad, no relatan nada acerca de la adolescencia de Jesús y dejan esta tarea a nuestra afectuosa meditación. El arte, la literatura, la música recorrieron esta senda de la imaginación. Ciertamente, no se nos hace difícil imaginar cuánto podrían aprender las madres de las atenciones de María hacia ese Hijo. Y cuánto los padres podrían obtener del ejemplo de José, hombre justo, que dedicó su vida en sostener y defender al niño y a su esposa —su familia— en los momentos difíciles. Por no decir cuánto podrían ser alentados los jóvenes por Jesús adolescente en comprender la necesidad y la belleza de cultivar su vocación más profunda, y de soñar a lo grande. Jesús cultivó en esos treinta años su vocación para la cual lo envió el Padre. Y Jesús jamás, en ese tiempo, se desalentó, sino que creció en valentía para seguir adelante con su misión.

Cada familia cristiana —como hicieron María y José—, ante todo, puede acoger a Jesús, escucharlo, hablar con Él, custodiarlo, protegerlo, crecer con Él; y así mejorar el mundo. Hagamos espacio al Señor en nuestro corazón y en nuestras jornadas. Así hicieron también María y José, y no fue fácil: ¡cuántas dificultades tuvieron que superar! No era una familia artificial, no era una familia irreal. La familia de Nazaret nos compromete a redescubrir la vocación y la misión de la familia, de cada familia. Y, como sucedió en esos treinta años en Nazaret, así puede suceder también para nosotros: convertir en algo normal el amor y no el odio, convertir en algo común la ayuda mutua, no la indiferencia o la enemistad. No es una casualidad, entonces, que «Nazaret» signifique «Aquella que custodia», como María, que —dice el Evangelio— «conservaba todas estas cosas en su corazón» (cf. *Lc 2, 19.51*). Desde entonces, cada vez que hay una familia que custodia este misterio, incluso en la periferia del mundo, se realiza el misterio del Hijo de Dios, el misterio de Jesús que viene a salvarnos, que viene para salvar al mundo. Y esta es la gran misión de la familia: dejar sitio a Jesús que viene, acoger a Jesús en la familia, en la persona de los hijos, del marido, de la esposa, de los abuelos... Jesús está allí. Acogerlo allí, para que crezca espiritualmente en esa familia. Que el Señor nos dé esta gracia en estos últimos días antes de la Navidad. Gracias.

---

## **BENEDICTO XVI – Ángelus 2006, 2009 y 2012**

**2006**

### **La Sagrada Familia de Nazaret es el “prototipo” de toda familia cristiana**

*Queridos hermanos y hermanas:*

En este último domingo del año celebramos la *fiesta de la Sagrada Familia de Nazaret*. Con alegría dirijo un saludo a todas las familias del mundo, deseándoles la paz y el amor que Jesús nos ha dado al venir a nosotros en la Navidad.

En el Evangelio no encontramos discursos sobre la familia, sino *un acontecimiento* que vale más que cualquier palabra: Dios *quiso nacer y crecer en una familia humana*. De este modo, la consagró como camino primero y ordinario de su encuentro con la humanidad.

En su vida transcurrida en Nazaret, Jesús honró a la Virgen María y al justo José, permaneciendo sometido a su autoridad durante todo el tiempo de su infancia y su adolescencia (cf. *Lc 2, 51-52*). Así puso de relieve el valor primario de la familia en la educación de la persona. María y José introdujeron a Jesús en la comunidad religiosa, frecuentando la sinagoga de Nazaret. Con

ellos aprendió a hacer la peregrinación a Jerusalén, como narra el pasaje evangélico que la liturgia de hoy propone a nuestra meditación. Cuando tenía doce años, permaneció en el Templo, y sus padres emplearon tres días para encontrarlo. Con ese gesto les hizo comprender que debía “ocuparse de las cosas de su Padre”, es decir, de la misión que Dios le había encomendado (cf. *Lc 2*, 41-52).

Este episodio evangélico revela la vocación más auténtica y profunda de la familia: acompañar a cada uno de sus componentes en el camino de descubrimiento de Dios y del plan que ha preparado para él. María y José educaron a Jesús ante todo con su ejemplo: en sus padres conoció toda la belleza de la fe, del amor a Dios y a su Ley, así como las exigencias de la justicia, que encuentra su plenitud en el amor (cf. *Rm 13*, 10). De ellos aprendió que en primer lugar es preciso cumplir la voluntad de Dios, y que el vínculo espiritual vale más que el de la sangre.

La Sagrada Familia de Nazaret es verdaderamente el “prototipo” de toda familia cristiana que, unida en el sacramento del matrimonio y alimentada con la Palabra y la Eucaristía, está llamada a realizar la estupenda vocación y misión de ser célula viva no sólo de la sociedad, sino también de la Iglesia, signo e instrumento de unidad para todo el género humano.

Invoquemos ahora juntos la protección de María santísima y de san José sobre todas las familias, especialmente sobre las que se encuentran en dificultades. Que ellos las sostengan, para que resistan a los impulsos disgregadores de cierta cultura contemporánea, que socava las bases mismas de la institución familiar. Que ellos ayuden a las familias cristianas a ser, en todo el mundo, imagen viva del amor de Dios.

\*\*\*

**2009**

### **El sentido auténtico de la educación cristiana**

*Queridos hermanos y hermanas:*

Se celebra hoy el domingo de la Sagrada Familia. Podemos seguir identificándonos con los pastores de Belén que, en cuanto recibieron el anuncio del ángel, acudieron a toda prisa, y encontraron “a María y a José, y al niño acostado en el pesebre” (*Lc 2*, 16). Detengámonos también nosotros a contemplar esta escena, y reflexionemos en su significado. Los primeros testigos del nacimiento de Cristo, los pastores, no sólo encontraron al Niño Jesús, sino también a una pequeña familia: madre, padre e hijo recién nacido. Dios quiso revelarse naciendo en una familia humana y, por eso, la familia humana se ha convertido en icono de Dios. Dios es Trinidad, es comunión de amor, y la familia es, con toda la diferencia que existe entre el Misterio de Dios y su criatura humana, una expresión que refleja el Misterio insondable del Dios amor. El hombre y la mujer, creados a imagen de Dios, en el matrimonio llegan a ser en “una sola carne” (*Gn 2*, 24), es decir, una comunión de amor que engendra nueva vida. En cierto sentido, la familia humana es icono de la Trinidad por el amor interpersonal y por la fecundidad del amor.

La liturgia de hoy propone el célebre episodio evangélico de Jesús, que a los doce años se queda en el templo, en Jerusalén, sin saberlo sus padres, quienes, sorprendidos y preocupados, lo encuentran después de tres días discutiendo con los doctores. A su madre, que le pide explicaciones, Jesús le responde que debe “estar en la propiedad”, en la casa de su Padre, es decir, de Dios (cf. *Lc 2*, 49). En este episodio el adolescente Jesús se nos presenta lleno de celo por Dios y por el templo.

Preguntémosnos: ¿de quién había aprendido Jesús el amor a las “cosas” de su Padre? Ciertamente, como hijo tenía un conocimiento íntimo de su Padre, de Dios, una profunda relación personal y permanente con él, pero, en su cultura concreta, seguro que aprendió de sus padres las



oraciones, el amor al templo y a las instituciones de Israel. Así pues, podemos afirmar que la decisión de Jesús de quedarse en el templo era fruto sobre todo de su íntima relación con el Padre, pero también de la educación recibida de María y de José. Aquí podemos vislumbrar el sentido auténtico de la educación cristiana: es el fruto de una colaboración que siempre se ha de buscar entre los educadores y Dios. La familia cristiana es consciente de que los hijos son don y proyecto de Dios. Por lo tanto, no pueden considerarse como una posesión propia, sino que, sirviendo en ellos al plan de Dios, está llamada a educarlos en la mayor libertad, que es precisamente la de decir “sí” a Dios para hacer su voluntad. La Virgen María es el ejemplo perfecto de este “sí”. A ella le encomendamos todas las familias, rezando en particular por su preciosa misión educativa.

Y ahora me dirijo, en lengua española, a quienes participan en la fiesta de la Sagrada Familia en Madrid.

Saludo cordialmente a los pastores y fieles congregados en Madrid para celebrar con gozo la Sagrada Familia de Nazaret. ¿Cómo no recordar el verdadero significado de esta fiesta? Dios, habiendo venido al mundo en el seno de una familia, manifiesta que esta institución es camino seguro para encontrarlo y conocerlo, así como un llamamiento permanente a trabajar por la unidad de todos en torno al amor. De ahí que uno de los mayores servicios que los cristianos podemos prestar a nuestros semejantes es ofrecerles nuestro testimonio sereno y firme de la familia fundada en el matrimonio entre un hombre y una mujer, salvaguardándola y promoviéndola, pues ella es de suma importancia para el presente y el futuro de la humanidad. En efecto, la familia es la mejor escuela donde se aprende a vivir aquellos valores que dignifican a la persona y hacen grandes a los pueblos. También en ella se comparten las penas y las alegrías, sintiéndose todos arropados por el cariño que reina en casa por el mero hecho de ser miembros de la misma familia. Pido a Dios que en vuestros hogares se respire siempre ese amor de total entrega y fidelidad que Jesús trajo al mundo con su nacimiento, alimentándolo y fortaleciéndolo con la oración cotidiana, la práctica constante de las virtudes, la recíproca comprensión y el respeto mutuo. Os animo, pues, a que, confiando en la materna intercesión de María santísima, Reina de las familias, y en la poderosa protección de san José, su esposo, os dediquéis sin descanso a esta hermosa misión que el Señor ha puesto en vuestras manos. Contad además con mi cercanía y afecto, y os ruego que llevéis un saludo muy especial del Papa a vuestros seres queridos más necesitados o que pasan dificultades. Os bendigo a todos de corazón.

\*\*\*

**2012**

### **María y José ejemplo para todas las parejas cristianas**

*¡Queridos hermanos y hermanas!*

Hoy es la fiesta de la Sagrada Familia de Nazaret. En la liturgia, el pasaje del evangelio de Lucas nos presenta a la Virgen María y a san José, que fieles a la tradición, suben hasta Jerusalén para la Pascua, junto a Jesús que tenía doce años. La primera vez que Jesús entró en Templo del Señor fue a los cuarenta días después de su nacimiento, cuando sus padres habían ofrecido “un par de tórtolas o dos pichones” (Lc. 2,24) por él, que era el sacrificio de los pobres. “Lucas, cuyo evangelio está lleno de toda una teología de los pobres y de la pobreza, sugiere que la familia de Jesús estaba considerada entre los pobres de Israel; nos hace entender que entre ellos podía madurar el cumplimiento de la promesa” (*La infancia de Jesús*, 96).

Jesús hoy está de nuevo en el Templo, pero esta vez tiene un papel diferente, que lo involucra en primera persona. Cumple así, con María y José, la peregrinación a Jerusalén según lo prescrito en

la Ley (cf. Ex 23,17; 34,23ss) –a pesar de que aún no había cumplido el decimotercer año de edad–. Una señal de la profunda religiosidad de la Sagrada Familia. Sin embargo, cuando sus padres vuelven hacia Nazaret, sucede algo inesperado: Él, sin decir nada, se queda en la ciudad. Durante tres días, María y José lo buscan y lo encuentran en el Templo, hablando con los maestros de la Ley (cf. Lc. 2,46-47); y cuando le piden explicaciones, Jesús dice que no tienen de qué asombrarse, porque aquel es su lugar, es su casa, con el Padre, que es Dios (cf. *La infancia de Jesús*, 143).

“Él –escribe Orígenes–, declara estar en el templo de su Padre, aquel Padre que nos ha revelado y del cual dice que es el Hijo» (*Homilías sobre el Evangelio de Lucas*, 18, 5). La preocupación de María y José por Jesús, es la misma de cualquier padre que educa a un hijo, lo introduce a la vida y a la comprensión de la realidad. Hoy en día, por lo tanto, es necesario hacer una oración especial al Señor por todas las familias del mundo.

Imitando a la Sagrada Familia de Nazaret, los padres deben preocuparse seriamente por el crecimiento y la educación de sus propios hijos, a fin de que maduren como hombres responsables y ciudadanos honestos, sin olvidar nunca que la fe es un precioso regalo con el cual alimentar a los propios hijos, incluso con el ejemplo personal. Al mismo tiempo, recemos para que cada niño sea acogido como un don de Dios, sea sostenido por el amor tanto el padre como de la madre, a fin de poder crecer como el Señor Jesús “en sabiduría, edad y gracia ante Dios y ante los hombres” (Lc. 2,52). El amor, la lealtad y la dedicación de María y José sean un ejemplo para todas las parejas cristianas, que no son solo los amigos o los dueños de la vida de sus hijos, sino los guardianes de este don incomparable de Dios. Que el silencio de José, hombre justo (cf. Mt. 1,19), y el ejemplo de María, que guardaba todo en su corazón (cf. Lc. 2,51), nos haga entrar en el misterio pleno de la fe y de la humanidad de la Sagrada Familia. Deseo que todas las familias cristianas vivan en la presencia de Dios con el mismo amor y con la misma alegría de la familia de Jesús, María y José.

---

## **DIRECTORIO HOMILÉTICO – Congregación para el Culto Divino y la Disciplina de los Sacramentos**

### **CATECISMO DE LA IGLESIA CATÓLICA**

#### **La Sagrada Familia**

##### **Los misterios de la vida oculta de Jesús**

**531** Jesús compartió, durante la mayor parte de su vida, la condición de la inmensa mayoría de los hombres: una vida cotidiana sin aparente importancia, vida de trabajo manual, vida religiosa judía sometida a la ley de Dios (cf. Ga 4, 4), vida en la comunidad. De todo este período se nos dice que Jesús estaba “sometido” a sus padres y que “progresaba en sabiduría, en estatura y en gracia ante Dios y los hombres” (Lc 2, 51-52).

**532** Con la sumisión a su madre, y a su padre legal, Jesús cumple con perfección el cuarto mandamiento. Es la imagen temporal de su obediencia filial a su Padre celestial. La sumisión cotidiana de Jesús a José y a María anunciaba y anticipaba la sumisión del Jueves Santo: “No se haga mi voluntad...” (Lc 22, 42). La obediencia de Cristo en lo cotidiano de la vida oculta inaugurada ya la obra de restauración de lo que la desobediencia de Adán había destruido (cf. Rm 5, 19).

**533** La vida oculta de Nazaret permite a todos entrar en comunión con Jesús a través de los caminos más ordinarios de la vida humana:



*Nazaret es la escuela donde se comienza a entender la vida de Jesús: la escuela del Evangelio...Una lección de silencio ante todo. Que nazca en nosotros la estima del silencio, esta condición del espíritu admirable e inestimable... Una lección de vida familiar. Que Nazaret nos enseñe lo que es la familia, su comunión de amor, su austera y sencilla belleza, su carácter sagrado e inviolable... Una lección de trabajo. Nazaret, oh casa del “Hijo del Carpintero”, aquí es donde querríamos comprender y celebrar la ley severa y redentora del trabajo humano ...; cómo querríamos, en fin, saludar aquí a todos los trabajadores del mundo entero y enseñarles su gran modelo, su hermano divino (Pablo VI, discurso 5 enero 1964 en Nazaret).*

**534** El hallazgo de Jesús en el Templo (cf. Lc 2, 41-52) es el único suceso que rompe el silencio de los Evangelios sobre los años ocultos de Jesús. Jesús deja entrever en ello el misterio de su consagración total a una misión derivada de su filiación divina: “¿No sabíais que me debo a los asuntos de mi Padre?” María y José “no comprendieron” esta palabra, pero la acogieron en la fe, y María “conservaba cuidadosamente todas las cosas en su corazón”, a lo largo de todos los años en que Jesús permaneció oculto en el silencio de una vida ordinaria.

### **La familia cristiana, una Iglesia doméstica**

#### **VI LA IGLESIA DOMESTICA**

**1655** Cristo quiso nacer y crecer en el seno de la Sagrada Familia de José y de María. La Iglesia no es otra cosa que la “familia de Dios”. Desde sus orígenes, el núcleo de la Iglesia estaba a menudo constituido por los que, “con toda su casa”, habían llegado a ser creyentes (cf Hch 18,8). Cuando se convertían deseaban también que se salvase “toda su casa” (cf Hch 16,31 y 11,14). Estas familias convertidas eran islotes de vida cristiana en un mundo no creyente.

**1656** En nuestros días, en un mundo frecuentemente extraño e incluso hostil a la fe, las familias creyentes tienen una importancia primordial en cuanto faros de una fe viva e irradiadora. Por eso el Concilio Vaticano II llama a la familia, con una antigua expresión, “Ecclesia domestica” (LG 11; cf. FC 21). En el seno de la familia, “los padres han de ser para sus hijos los primeros anunciadores de la fe con su palabra y con su ejemplo, y han de fomentar la vocación personal de cada uno y, con especial cuidado, la vocación a la vida consagrada” (LG 11).

**1657** Aquí es donde se ejercita de manera privilegiada el sacerdocio bautismal del padre de familia, de la madre, de los hijos, de todos los miembros de la familia, “en la recepción de los sacramentos, en la oración y en la acción de gracias, con el testimonio de una vida santa, con la renuncia y el amor que se traduce en obras” (LG 10). El hogar es así la primera escuela de vida cristiana y “escuela del más rico humanismo” (GS 52,1). Aquí se aprende la paciencia y el gozo del trabajo, el amor fraterno, el perdón generoso, incluso reiterado, y sobre todo el culto divino por medio de la oración y la ofrenda de su vida.

**1658** Es preciso recordar asimismo a un gran número de personas que permanecen solteras a causa de las concretas condiciones en que deben vivir, a menudo sin haberlo querido ellas mismas. Estas personas se encuentran particularmente cercanas al corazón de Jesús; y, por ello, merecen afecto y solicitud diligentes de la Iglesia, particularmente de sus pastores. Muchas de ellas viven sin familia humana, con frecuencia a causa de condiciones de pobreza. Hay quienes viven su situación según el espíritu de las bienaventuranzas sirviendo a Dios y al prójimo de manera ejemplar. A todas ellas es preciso abrirles las puertas de los hogares, “iglesias domésticas” y las puertas de la gran familia que es la Iglesia. “Nadie se sienta sin familia en este mundo: la Iglesia es casa y familia de todos, especialmente para cuantos están ‘fatigados y agobiados’ (Mt 11,28)” (FC 85).

### **La familia cristiana**

**2204** “La familia cristiana constituye una revelación y una actuación específicas de la comunión eclesial; por eso...puede y debe decirse iglesia doméstica” (FC 21, cf LG 11). Es una comunidad de fe, esperanza y caridad, posee en la Iglesia una importancia singular como aparece en el Nuevo Testamento (cf Ef 5,21-6,4; Col 3,18-21; 1 P 3, 1-7).

**2205** La familia cristiana es una comunión de personas, reflejo e imagen de la comunión del Padre y del Hijo en el Espíritu Santo. Su actividad procreadora y educativa es reflejo de la obra creadora de Dios. Es llamada a participar en la oración y el sacrificio de Cristo. La oración cotidiana y la lectura de la Palabra de Dios fortalecen en ella la caridad. La familia cristiana es evangelizadora y misionera.

**2206** Las relaciones en el seno de la familia entrañan una afinidad de sentimientos, afectos e intereses que provienen sobre todo del mutuo respeto de las personas. La familia es una “comunidad privilegiada” llamada a realizar un “propósito común de los esposos y una cooperación diligente de los padres en la educación de los hijos” (GS 52,1).

### **Las obligaciones de los miembros de la familia**

## **II DEBERES DE LOS MIEMBROS DE LA FAMILIA**

### **Deberes de los hijos**

**2214** La paternidad divina es la fuente de la paternidad humana (cf. Ef 3,14); es el fundamento del honor de los padres. El respeto de los hijos, menores o mayores de edad, hacia su padre y hacia su madre (cf Pr 1,8; Tb 4,3-4), se nutre del afecto natural nacido del vínculo que los une. Es exigido por el precepto divino (cf Ex 20,12).

**2215** El respeto a los padres (piedad filial) está hecho de gratitud para quienes, mediante el don de la vida, su amor y su trabajo, han traído sus hijos al mundo y les han ayudado a crecer en estatura, en sabiduría y en gracia. “Con todo tu corazón honra a tu padre, y no olvides los dolores de tu madre. Recuerda que por ellos has nacido, ¿cómo les pagarás lo que contigo han hecho?” (Si 7,27-28).

**2216** El respeto filial se revela en la docilidad y la obediencia verdaderas. “Guarda, hijo mío, el mandato de tu padre y no desprecies la lección de tu madre...en tus pasos ellos serán tu guía; cuando te acuestes, velarán por ti; conversarán contigo al despertar” (Pr 6,20-22). “El hijo sabio ama la instrucción, el arrogante no escucha la repreensión” (Pr 13,1).

**2217** Mientras vive en el domicilio de sus padres, el hijo debe obedecer a todo lo que estos dispongan para su bien o el de la familia. “Hijos, obedeced en todo a vuestros padres, porque esto es grato a Dios en el Señor” (Col 3,20; cf Ef 6,1). Los hijos deben obedecer también las prescripciones razonables de sus educadores y de todos aquellos a quienes sus padres los han confiado. Pero si el hijo está persuadido en conciencia de que es moralmente malo obedecer esa orden, no debe seguirla.

Cuando sean mayores, los hijos deben seguir respetando a sus padres. Deben prever sus deseos, solicitar dócilmente sus consejos y aceptar sus amonestaciones justificadas. La obediencia a los padres cesa con la emancipación de los hijos, pero no el respeto que permanece para siempre. Este, en efecto, tiene su raíz en el temor de Dios, uno de los dones del Espíritu Santo.

**2218** El cuarto mandamiento recuerda a los hijos mayores de edad sus responsabilidades para con los padres. En cuanto puedan deben prestarles ayuda material y moral en los años de vejez y durante los tiempos de enfermedad, de soledad o de abatimiento. Jesús recuerda este deber de gratitud (cf Mc 7,10-12).

*El Señor glorifica al padre en los hijos, y afirma el derecho de la madre sobre su prole. Quien honra a su padre expía sus pecados; como el que atesora es quien da gloria a su madre. Quien honra a su padre recibirá contento de sus hijos, y en el día de su oración será escuchado. Quien da gloria al padre vivirá largos días, obedece al Señor quien da sosiego a su madre (Si 3,12-13.16).*

*Hijo, cuida de tu padre en su vejez, y en su vida no le causes tristeza. Aunque haya perdido la cabeza, se indulgente, no le desprecies en la plenitud de tu vigor...Como blasfemo es el que abandona a su padre, maldito del Señor quien irrita a su madre (Si 3,12.16).*

**2219** El respeto filial favorece la armonía de toda la vida familiar; atañe también a las relaciones entre hermanos y hermanas. El respeto a los padres irradia en todo el ambiente familiar. “Corona de los ancianos son los hijos de los hijos” (Pr 17,6). “Soportaos unos a otros en la caridad, en toda humildad, dulzura y paciencia” (Ef 4,2).

**2220** Los cristianos están obligados a una especial gratitud para con aquellos de quienes recibieron el don de la fe, la gracia del bautismo y la vida en la Iglesia. Puede tratarse de los padres, de otros miembros de la familia, de los abuelos, de los pastores, de los catequistas, de otros maestros o amigos. “Evoco el recuerdo de la fe sincera que tú tienes, fe que arraigó primero en tu abuela Loida y en tu madre Eunice, y sé que también ha arraigado en ti” (2 Tm 1,5).

### **Deberes de los padres**

**2221** La fecundidad del amor conyugal no se reduce a la sola procreación de los hijos, sino que debe extenderse también a su educación moral y a su formación espiritual. El papel de los padres en la educación “tiene tanto peso que, cuando falta, difícilmente puede suplirse” (GE 3). El derecho y el deber de la educación son para los padres primordiales e inalienables (cf FC 36).

**2222** Los padres deben mirar a sus hijos como a hijos de Dios y respetarlos como a personas humanas. Han de educar a sus hijos en el cumplimiento de la ley de Dios, mostrándose ellos mismos obedientes a la voluntad del Padre del cielo.

**2223** Los padres son los primeros responsables de la educación de sus hijos. Testimonian esta responsabilidad ante todo por la creación de un hogar, donde la ternura, el perdón, el respeto, la fidelidad y el servicio desinteresado son norma. El hogar es un lugar apropiado para la educación de las virtudes. Esta requiere el aprendizaje de la abnegación, de un sano juicio, del dominio de sí, condiciones de toda libertad verdadera. Los padres han de enseñar a los hijos a subordinar las dimensiones “materiales e instintivas a las interiores y espirituales” (CA 36). Es una grave responsabilidad para los padres dar buenos ejemplos a sus hijos. Sabiendo reconocer ante sus hijos sus propios defectos, se hacen más aptos para guiarlos y corregirlos:

*El que ama a su hijo, le azota sin cesar...el que enseña a su hijo, sacará provecho de él (Si 30, 1-2).*

*Padres, no exasperéis a vuestros hijos, sino formadlos más bien mediante la instrucción y la corrección según el Señor (Ef 6,4).*

**2224** El hogar constituye un medio natural para la iniciación del ser humano en la solidaridad y en las responsabilidades comunitarias. Los padres deben enseñar a los hijos a guardarse de los riesgos y las degradaciones que amenazan a las sociedades humanas.

**2225** Por la gracia del sacramento del matrimonio, los padres han recibido la responsabilidad y el privilegio de evangelizar a sus hijos. Desde su primera edad, deberán iniciarlos

en los misterios de la fe de los que ellos son para sus hijos los “primeros anunciadores de la fe” (LG 11). Desde su más tierna infancia, deben asociarlos a la vida de la Iglesia. La forma de vida en la familia puede alimentar las disposiciones afectivas que, durante la vida entera, serán auténticos preámbulos y apoyos de una fe viva.

**2226** La educación en la fe por los padres debe comenzar desde la más tierna infancia. Esta educación se hace ya cuando los miembros de la familia se ayudan a crecer en la fe mediante el testimonio de una vida cristiana de acuerdo con el evangelio. La catequesis familiar precede, acompaña y enriquece las otras formas de enseñanza de la fe. Los padres tienen la misión de enseñar a sus hijos a orar y a descubrir su vocación de hijos de Dios (cf LG 11). La parroquia es la comunidad eucarística y el corazón de la vida litúrgica de las familias cristianas; es un lugar privilegiado para la catequesis de los niños y de los padres.

**2227** Los hijos, a su vez, contribuyen al crecimiento de sus padres en la santidad (cf GS 48,4). Todos y cada uno se concederán generosamente y sin cansarse los perdones mutuos exigidos por las ofensas, las querellas, las injusticias, y las omisiones. El afecto mutuo lo sugiere. La caridad de Cristo lo exige (cf Mt 18,21-22; Lc 17,4).

**2228** Durante la infancia, el respeto y el afecto de los padres se traducen ante todo por el cuidado y la atención que consagran en educar a sus hijos, en proveer a sus necesidades físicas y espirituales. En el transcurso del crecimiento, el mismo respeto y la misma dedicación llevan a los padres a enseñar a sus hijos a usar rectamente de su razón y de su libertad.

**2229** Los padres, como primeros responsables de la educación de sus hijos, tienen el derecho de elegir para ellos una escuela que corresponda a sus propias convicciones. Este derecho es fundamental. En cuanto sea posible, los padres tienen el deber de elegir las escuelas que mejor les ayuden en su tarea de educadores cristianos (cf GE 6). Los poderes públicos tienen el deber de garantizar este derecho de los padres y de asegurar las condiciones reales de su ejercicio.

**2230** Cuando llegan a la edad correspondiente, los hijos tienen el deber y el derecho de elegir su profesión y su estado de vida. Estas nuevas responsabilidades deberán asumirlas en una relación confiada con sus padres, cuyo parecer y consejo pedirán y recibirán dócilmente. Los padres deben cuidar no violentar a sus hijos ni en la elección de una profesión ni en la de su futuro cónyuge. Este deber de no inmiscuirse no les impide, sino al contrario, ayudarles con consejos juiciosos, particularmente cuando se proponen fundar un hogar.

**2231** Hay quienes no se casan para poder cuidar a sus padres, o sus hermanos y hermanas, para dedicarse más exclusivamente a una profesión o por otros motivos dignos. Estas personas pueden contribuir grandemente al bien de la familia humana.

#### **IV LA FAMILIA Y EL REINO DE DIOS**

**2232** Los vínculos familiares, aunque son muy importantes, no son absolutos. A la par el hijo crece, hacia una madurez y autonomía humanas y espirituales, la vocación singular que viene de Dios se afirma con más claridad y fuerza. Los padres deben respetar esta llamada y favorecer la respuesta de sus hijos para seguirla. Es preciso convencerse de que la vocación primera del cristiano es seguir a Jesús (cf Mt 16,25): “El que ama a su padre o a su madre más que a mí, no es digno de mí; el que ama a su hijo o a su hija más que a mí, no es digno de mí” (Mt 10,37).

**2233** Hacerse discípulo de Jesús es aceptar la invitación a pertenecer a la familia de Dios, a vivir en conformidad con su manera de vivir: “El que cumpla la voluntad de mi Padre celestial, éste es mi hermano, mi hermana y mi madre” (Mt 12,49).

Los padres deben acoger y respetar con alegría y acción de gracias el llamamiento del Señor a uno de sus hijos para que le siga en la virginidad por el Reino, en la vida consagrada o en el ministerio sacerdotal.

### **Jesús es hallado en el Templo**

**534** El hallazgo de Jesús en el Templo (cf. Lc 2, 41-52) es el único suceso que rompe el silencio de los Evangelios sobre los años ocultos de Jesús. Jesús deja entrever en ello el misterio de su consagración total a una misión derivada de su filiación divina: “¿No sabíais que me debo a los asuntos de mi Padre?” María y José “no comprendieron” esta palabra, pero la acogieron en la fe, y María “conservaba cuidadosamente todas las cosas en su corazón”, a lo largo de todos los años en que Jesús permaneció oculto en el silencio de una vida ordinaria.

## **II JESUS Y EL TEMPLO**

**583** Como los profetas anteriores a él, Jesús profesó el más profundo respeto al Templo de Jerusalén. Fue presentado en él por José y María cuarenta días después de su nacimiento (Lc. 2, 22-39). A la edad de doce años, decidió quedarse en el Templo para recordar a sus padres que se debía a los asuntos de su Padre (cf. Lc 2, 46-49). Durante su vida oculta, subió allí todos los años al menos con ocasión de la Pascua (cf. Lc 2, 41); su ministerio público estuvo jalonado por sus peregrinaciones a Jerusalén con motivo de las grandes fiestas judías (cf. Jn 2, 13-14; 5, 1. 14; 7, 1. 10. 14; 8, 2; 10, 22-23).

### **Jesús ora**

**2599** El Hijo de Dios hecho hombre también aprendió a orar conforme a su corazón de hombre. El aprende de su madre las fórmulas de oración; de ella, que conservaba todas las “maravillas” del Todopoderoso y las meditaba en su corazón (cf Lc 1, 49; 2, 19; 2, 51). Lo aprende en las palabras y en los ritmos de la oración de su pueblo, en la sinagoga de Nazaret y en el Templo. Pero su oración brota de una fuente secreta distinta, como lo deja presentir a la edad de los doce años: “Yo debía estar en las cosas de mi Padre” (Lc 2, 49). Aquí comienza a revelarse la novedad de la oración en la plenitud de los tiempos: la oración filial, que el Padre esperaba de sus hijos va a ser vivida por fin por el propio Hijo único en su Humanidad, con y para los hombres.

### **Ana y Samuel**

**64** Por los profetas, Dios forma a su pueblo en la esperanza de la salvación, en la espera de una Alianza nueva y eterna destinada a todos los hombres (cf. Is 2,2-4), y que será grabada en los corazones (cf. Jr 31,31-34; Hb 10,16). Los profetas anuncian una redención radical del pueblo de Dios, la purificación de todas sus infidelidades (cf. Ez 36), una salvación que incluirá a todas las naciones (cf. Is 49,5-6; 53,11). Serán sobre todo los pobres y los humildes del Señor (cf. So 2,3) quienes mantendrán esta esperanza. Las mujeres santas como Sara, Rebeca, Raquel, Miriam, Débora, Ana, Judit y Ester conservaron viva la esperanza de la salvación de Israel. De ellas la figura más pura es María (cf. Lc 1,38).

**489** A lo largo de toda la Antigua Alianza, la misión de María fue preparada por la misión de algunas santas mujeres. Al principio de todo está Eva: a pesar de su desobediencia, recibe la promesa de una descendencia que será vencedora del Maligno (cf. Gn 3, 15) y la de ser la Madre de todos los vivientes (cf. Gn 3, 20). En virtud de esta promesa, Sara concibe un hijo a pesar de su edad avanzada (cf. Gn 18, 10-14; 21,1-2). Contra toda expectativa humana, Dios escoge lo que era tenido por impotente y débil (cf. 1 Co 1, 27) para mostrar la fidelidad a su promesa: Ana, la madre de Samuel (cf. 1 S 1), Débora, Rut, Judit, y Ester, y muchas otras mujeres. María “sobresale entre los

humildes y los pobres del Señor, que esperan de él con confianza la salvación y la acogen. Finalmente, con ella, excelsa Hija de Sión, después de la larga espera de la promesa, se cumple el plazo y se inaugura el nuevo plan de salvación” (LG 55).

### **David y la oración del rey**

**2578** La oración del pueblo de Dios se desarrolla a la sombra de la Morada de Dios, el Arca de la Alianza y más tarde el Templo. Los guías del pueblo –pastores y profetas– son los primeros que le enseñan a orar. El niño Samuel aprendió de su madre Ana cómo “estar ante el Señor” (cf 1 S 1, 9-18) y del sacerdote Elí cómo escuchar Su Palabra: “Habla, Señor, que tu siervo escucha” (cf 1 S 3, 9-10). Más tarde, también él conocerá el precio y el peso de la intercesión: “Por mi parte, lejos de mí pecar contra el Señor dejando de suplicar por vosotros y de enseñaros el camino bueno y recto” (1 S 12, 23).

### **Todos somos ahora hijos adoptivos de Dios**

#### **I. LA VIDA DEL HOMBRE: CONOCER Y AMAR A DIOS**

**1** Dios, infinitamente Perfecto y Bienaventurado en sí mismo, en un designio de pura bondad ha creado libremente al hombre para que tenga parte en su vida bienaventurada. Por eso, en todo tiempo y en todo lugar, está cerca del hombre. Le llama y le ayuda a buscarlo, a conocerle y a amarle con todas sus fuerzas. Convoca a todos los hombres, que el pecado dispersó, a la unidad de su familia, la Iglesia. Lo hace mediante su Hijo que envió como Redentor y Salvador al llegar la plenitud de los tiempos. En él y por él, llama a los hombres a ser, en el Espíritu Santo, sus hijos de adopción, y por tanto los herederos de su vida bienaventurada.

**104** En la Sagrada Escritura, la Iglesia encuentra sin cesar su alimento y su fuerza (cf. DV 24), porque, en ella, no recibe solamente una palabra humana, sino lo que es realmente: la Palabra de Dios (cf. 1 Ts 2,13). “En los libros sagrados, el Padre que está en el cielo sale amorosamente al encuentro de sus hijos para conversar con ellos” (DV 21).

**239** Al designar a Dios con el nombre de “Padre”, el lenguaje de la fe indica principalmente dos aspectos: que Dios es origen primero de todo y autoridad transcendente y que es al mismo tiempo bondad y solicitud amorosa para todos sus hijos. Esta ternura paternal de Dios puede ser expresada también mediante la imagen de la maternidad (cf. Is 66,13; Sal 131,2) que indica más expresivamente la inmanencia de Dios, la intimidad entre Dios y su criatura. El lenguaje de la fe se sirve así de la experiencia humana de los padres que son en cierta manera los primeros representantes de Dios para el hombre. Pero esta experiencia dice también que los padres humanos son falibles y que pueden desfigurar la imagen de la paternidad y de la maternidad. Conviene recordar, entonces, que Dios trasciende la distinción humana de los sexos. No es hombre ni mujer, es Dios. Trasciende también la paternidad y la maternidad humanas (cf. Sal 27,10), aunque sea su origen y medida (cf. Ef 3,14; Is 49,15): Nadie es padre como lo es Dios.

**1692** El Símbolo de la fe profesa la grandeza de los dones de Dios al hombre por la obra de su creación, y más aún, por la redención y la santificación. Lo que confiesa la fe, los sacramentos lo comunican: por “los sacramentos que les han hecho renacer”, los cristianos han llegado a ser “hijos de Dios” (Jn 1,12; 1 Jn 3,1), “partícipes de la naturaleza divina” (2 P 1,4). Reconociendo en la fe su nueva dignidad, los cristianos son llamados a llevar en adelante una “vida digna del Evangelio de Cristo” (Flp 1,27). Por los sacramentos y la oración reciben la gracia de Cristo y los dones de su Espíritu que les capacitan para ello.



**1709** El que cree en Cristo se hace hijo de Dios. Esta adopción filial lo transforma dándole la posibilidad de seguir el ejemplo de Cristo. Le hace capaz de obrar rectamente y de practicar el bien. En la unión con su Salvador el discípulo alcanza la perfección de la caridad, la santidad. La vida moral, madurada en la gracia, culmina en vida eterna, en la gloria del cielo.

**2009** La adopción filial, haciéndonos partícipes por la gracia de la naturaleza divina, puede conferirnos, según la justicia gratuita de Dios, un verdadero mérito. Se trata de un derecho por gracia, el pleno derecho del amor, que nos hace “coherederos” de Cristo y dignos de obtener la “herencia prometida de la vida eterna” (Cc. de Trento: DS 1546). Los méritos de nuestras buenas obras son dones de la bondad divina (cf. Cc. de Trento: DS 1548). “La gracia ha precedido; ahora se da lo que es debido...los méritos son dones de Dios” (S. Agustín, serm. 298,4-5).

**2736** ¿Estamos convencidos de que “nosotros no sabemos pedir como conviene” (Rm 8, 26)? ¿Pedimos a Dios los “bienes convenientes”? Nuestro Padre sabe bien lo que nos hace falta antes de que nosotros se lo pidamos (cf. Mt 6, 8) pero espera nuestra petición porque la dignidad de sus hijos está en su libertad. Por tanto es necesario orar con su Espíritu de libertad, para poder conocer en verdad su deseo (cf Rm 8, 27).

### **Veremos a Dios “cara a cara” “así como Él es”**

#### **La fe, comienzo de la vida eterna**

**163** La fe nos hace gustar de antemano el gozo y la luz de la visión beatífica, fin de nuestro caminar aquí abajo. Entonces veremos a Dios “cara a cara” (1 Cor 13,12), “tal cual es” (1 Jn 3,2). La fe es pues ya el comienzo de la vida eterna:

*Mientras que ahora contemplamos las bendiciones de la fe como el reflejo en un espejo, es como si poseyéramos ya las cosas maravillosas de que nuestra fe nos asegura que gozaremos un día* (S. Basilio, Spir. 15,36; cf. S. Tomás de A., s.th. 2-2,4,1).

## **II EL CIELO**

**1023** Los que mueren en la gracia y la amistad de Dios y están perfectamente purificados, viven para siempre con Cristo. Son para siempre semejantes a Dios, porque lo ven “tal cual es” (1 Jn 3, 2), cara a cara (cf. 1 Co 13, 12; Ap 22, 4):

*Definimos con la autoridad apostólica: que, según la disposición general de Dios, las almas de todos los santos... y de todos los demás fieles muertos después de recibir el bautismo de Cristo en los que no había nada que purificar cuando murieron;... o en caso de que tuvieran o tengan algo que purificar, una vez que estén purificadas después de la muerte... aun antes de la reasunción de sus cuerpos y del juicio final, después de la Ascensión al cielo del Salvador, Jesucristo Nuestro Señor, estuvieron, están y estarán en el cielo, en el reino de los cielos y paraíso celestial con Cristo, admitidos en la compañía de los ángeles. Y después de la muerte y pasión de nuestro Señor Jesucristo vieron y ven la divina esencia con una visión intuitiva y cara a cara, sin mediación de ninguna criatura* (Benedicto XII: DS 1000; cf. LG 49).

**1161** Todos los signos de la celebración litúrgica hacen referencia a Cristo: también las imágenes sagradas de la Santísima Madre de Dios y de los santos. Significan, en efecto, a Cristo que es glorificado en ellos. Manifiestan “la nube de testigos” (Hb 12,1) que continúan participando en la salvación del mundo y a los que estamos unidos, sobre todo en la celebración sacramental. A través de sus iconos, es el hombre “a imagen de Dios”, finalmente transfigurado “a su semejanza” (cf Rm 8,29; 1 Jn 3,2), quien se revela a nuestra fe, e incluso los ángeles, recapitulados también en Cristo:



*Siguiendo la enseñanza divinamente inspirada de nuestros santos Padres y la tradición de la Iglesia católica (pues reconocemos ser del Espíritu Santo que habita en ella), definimos con toda exactitud y cuidado que las venerables y santas imágenes, como también la imagen de la preciosa y vivificante cruz, tanto las pintadas como las de mosaico u otra materia conveniente, se expongan en las santas iglesias de Dios, en los vasos sagrados y ornamentos, en las paredes y en cuadros, en las casas y en los caminos: tanto las imágenes de nuestro Señor Dios y Salvador Jesucristo, como las de nuestra Señora inmaculada la santa Madre de Dios, de los santos ángeles y de todos los santos y justos (Cc. de Nicea II: DS 600).*

**2519** A los “limpios de corazón” se les promete que verán a Dios cara a cara y que serán semejantes a él (cf 1 Co 13,12; 1 Jn 3,2). La pureza de corazón es el preámbulo de la visión. Ya desde ahora esta pureza nos concede ver según Dios, recibir a otro como un “prójimo”; nos permite considerar el cuerpo humano, el nuestro y el del prójimo, como un templo del Espíritu Santo, una manifestación de la belleza divina.

**2772** De esta fe inquebrantable brota la esperanza que suscita cada una de las siete peticiones. Estas expresan los gemidos del tiempo presente, este tiempo de paciencia y de espera durante el cual “aún no se ha manifestado lo que seremos” (1 Jn 3, 2; cf Col. 3, 4). La Eucaristía y el Padrenuestro están orientados hacia la venida del Señor, “¡hasta que venga!” (1 Co. 11, 26).

---

**RANIERO CANTALAMESSA ([www.cantalamessa.org](http://www.cantalamessa.org))**

### **Tu padre y yo**

En el Domingo después de Navidad, la liturgia celebra la fiesta de la Sagrada Familia de Jesús, María y José. El Evangelio nos cuenta el suceso de la pérdida y reencuentro de Jesús entre los doctores en el templo, que se concluye con este cuadro de vida familiar:

«Él bajó con ellos a Nazaret y siguió bajo su autoridad. Su madre conservaba todo esto en su corazón. Y Jesús iba creciendo en sabiduría, en estatura y en gracia ante Dios y los hombres».

El intento de la Iglesia de instituir esta fiesta es el de designar en la Sagrada Familia a un modelo y una fuente de inspiración para todas las familias humanas. Pero, habrá que preguntarse: ¿qué puede haber de común entre esta familia y una normal familia humana? ¿No es exagerado pedir a dos pobres criaturas renovarse como un modelo tan fuera de lo normal? Para comenzar, falta en el matrimonio entre María y José lo que para toda pareja humana es un elemento constitutivo, esto es, la integración a nivel incluso sexual.

Esto es verdad; pero, precisamente aquí se inserta la aportación que el ejemplo de la Sagrada Familia puede dar hoy a la superación de la crisis del matrimonio. Suscitan murmullo las periódicas esta dísticas sobre el estado de la familia, incluso si no hacen más que confirmar lo que está a los ojos de todos. Aumentan las separaciones legales y los divorcios; y el hecho más inquietante es que frecuentemente se trata de uniones apenas iniciadas. ¡Matrimonios que entran en crisis después de menos de un año tras las nupcias! ¿Cómo eso?

Comentando estos datos una socióloga ha hablado de un «analfabetismo en el amor». Se cree que para realizar un matrimonio acertado baste la atracción física y un entendimiento sexual bien aceptado. Todo lo demás se deja a lo fortuito o se piensa que vendrá de por sí. Frecuentemente «la atracción se conjuga con la superficialidad, el olvido, la traición, una actitud banal del sexo, que muy pronto sobrepasa los estadios de la ternura, del encuentro pro fundo entre dos personas, robando el tiempo al conocimiento recíproco, a los silencios, a las miradas, a los proyectos».

No hay que asombrarse si, en la prueba de los hechos, este tipo de matrimonio va de inmediato hecho a pedazos. Para decir que dos objetos se adhieren entre sí de una manera aproximativa, sin consistencia alguna, en el lenguaje popular se usa la expresión «pegados con la saliva». ¡Éstos son matrimonios pegados con la saliva!

La familia de Nazaret puede ser precisamente un reclamo fuerte en aquellos valores espirituales que tan frecuentemente faltan hoy entre las jóvenes parejas y que son indispensables para formar un matrimonio, que resista en el tiempo; esto es, conocimiento y estima recíprocos, capacidad de salir de sí mismos, de cultivar proyectos e ideales comunes, silencios, oración.

Tomemos las palabras que pronuncia María apenas ha encontrado al hijo en el templo:

«Hijo, ¿por qué nos has tratado así? Mira que tu padre y yo te buscábamos angustiados»

«Tu padre y yo»: puede parecer un detalle despreciable y con tiene, por el contrario, una enseñanza importantísima. María y José forman un único sujeto. María no piensa sólo en su angustia sino también en la de su marido; es más, pone la del marido antes que la suya: «Tu padre y yo», no «yo y tu padre».

Casarse significa pasar de la primera persona del singular, «yo», a la primera persona del plural, «nosotros». Si no sucede este cambio, que confiere una especie de nueva identidad, la unión será sólo superficial y fluctuante. El matrimonio es más que un pacto, una cohabitación, una unión de sexos. Es un «yo» y un «tu» que llegan a ser un «nosotros». Esto significan las palabras de la Biblia: los dos «se hacen una sola carne» (*Génesis 2, 24*). «Una sola carne» no quiere decir, en la Biblia, únicamente «un solo cuerpo» sino también «un solo ser».

A veces yo me encuentro con hombres y mujeres de los que ignoro si son o no casados. Entonces, antes de lanzarme a darles consejos o juicios, busco abrir los ojos para ver cómo hablan, seguro que no tardarán en traicionar a su estado. Pero, frecuentemente permanezco desilusionado. Hay mujeres y hombres que pueden hablar de su vida, incluso personal, por más de media hora, sin que se entienda si son o no casados. Siempre «yo, yo, yo»; nunca «mi marido y yo, mi mujer y yo». Son todavía «individuos», no han llegado nunca a ser verdaderamente «cónyuges». Cónyuges, casa dos: son palabras aburridas, no gustan más. Recuerdan la imagen del «yugo» (significan al pie de la letra «puestos bajo el mismo yugo») y con ello la idea de un peso, de una esclavitud. Es necesario descubrir la belleza de esta imagen cuando no es aplicada a los toros sino a las personas humanas, que libremente se han puesto bajo el mismo yugo.

Existe una imagen de Jesús y de María que a mí me gusta mucho. Una vez la hice ver a una pareja de novios, quienes de inmediato la escogieron como imagen o dibujo para su invitación a la boda. Es un fresco antiquísimo, que se encuentra en el monasterio de Subiaco. Representa a Cristo y la Iglesia (aquí personificada en María), que son el último modelo, dice Pablo, de toda unión nupcial (cfr. *Efesios 5, 32*). El esposo, Jesús, tiene su brazo sobre el cuello de la esposa y la esposa tiene la cabeza apoyada sobre el hombro del esposo; mientras, la mano de él sostiene delicadamente la de ella. Aquí se ve cómo debiera ser el yugo, que une al hombre y a la mujer en el matrimonio. No un yugo impuesto sobre ellos desde el exterior (por la sociedad, por la Iglesia, o no se sabe por quién) sino un yugo formado idealmente por ellos mismos, por la unión de sus voluntades, y por ello es «un yugo suave y una carga ligera» (*Mateo 11,30*). En un escrito poético del siglo II, Jesús resucitado dice:

«Como el brazo del esposo sobre la esposa, así es mi yugo sobre quienes me conocen» (*Oda de Salomón 42, 8*).

Mirando la imagen que he descrito, uno podría estar tentado de decir: sí, pero también aquí es siempre el hombre el que permanece erguido y él es el fuerte; la mujer no hace más que apoyarse en él. Es verdad: el hombre, Cristo, expresa aquí la fuerza y la mujer, María, la confianza, el abandono. Pero ignoramos una cosa: que el hombre para ser fuerte tiene asimismo necesidad de la confianza de la mujer y más cuanto que la mujer para ser tierna o confiada tiene necesidad de la fuerza del hombre. Es a causa de nuestros criterios distorsionados por el pecado por los que nosotros privilegiamos la fuerza respecto a la ternura. Dios es suma potencia y suma ternura a la vez, sin que se pueda decir cuál de las dos cualidades sea la más importante. En realidad no hay menos «fuerza» en el abandono y en la confianza que en la fuerza-fuerza; sólo que es de una cualidad distinta. Quizás superior. El día que lo descubriremos, habremos hecho un gran progreso vigoroso en la humanidad.

Lo que estamos presentando no es un proyecto fuera de la realidad, una imaginación de curas y frailes que no saben qué es la vida real de los esposos. Frecuentemente, escuchando testimonios de esposos cristianos, me ha venido a la mente el elogio que Tertuliano, al inicio del tercer siglo, hacía del matrimonio en un libro de dicado a su mujer: «¿Quién estará nunca a la altura de describir la felicidad de un matrimonio que la Iglesia consagra, la Eucaristía confirma, la bendición sella, los ángeles aclaman y que el Padre celeste aprueba? ¡Cómo es hermoso el yugo que une a dos creyentes, que tienen una única esperanza, un mismo deseo, una misma regla de vida, una misma voluntad de servicio! Ninguna separación entre ellos, ni de carne ni de espíritu. Son verdaderamente dos en una sola carne. Pero donde hay una sola carne, hay también un solo espíritu: juntos efectivamente oran, se instruyen uno al otro, uno a otro se exhortan y se sostienen. Juntos en la iglesia de Dios, juntos en la mesa del Señor, juntos en las dificultades y en las persecuciones y juntos también en la alegría. Nadie de los dos se esconde al otro, nadie de los dos evita al otro, nadie de los dos es pesado para el otro... No hay necesidad de hacer furtivamente la señal de la cruz. Al ver y sentir estas cosas, Cristo goza y les manda su paz. Donde están los dos, allí está también él y donde está él no en tra el maligno» (*Ad uxorem* II, 6-9).

¡He aquí qué se entiende cuando se habla de la familia como de una «iglesia doméstica» o de una «pequeña iglesia»!

Las mismas indagaciones sociológicas, recordadas al inicio, indican también un dato positivo. No obstante la crisis de la familia, un matrimonio acertado, «con la persona justa», continúa siendo, a los ojos de la mayoría de los adolescentes y de los jóvenes, el sueño de la vida. Es precisamente para animar a estos jóvenes a no avergonzarse de este su sueño por lo que he hecho estas reflexiones.

---

**FLUVIUM ([www.fluvium.org](http://www.fluvium.org))**

### **Familiares de Dios**

En este domingo, el siguiente a la Navidad, celebra la Iglesia la fiesta de la Sagrada Familia. Pensamos en oración en la Familia de Jesús, María y José, que es modelo de toda familia. Por eso trataremos de evocar, si los hemos olvidado, los momentos de convivencia entre ellos que los Evangelios nos transmiten, desde que contemplamos a María desposada con José hasta que la vemos al pie de la Cruz, acompañando a Jesús en el momento de la muerte.

En estos días, inmediatamente posteriores a la Navidad, nos imaginamos fácilmente Jesús como un Niño. ¡Qué fácil es tratar con los niños! No hacen falta presentaciones retóricas, ni solicitar audiencia previamente. Es mejor un lenguaje claro pero sencillo. Conviene hacerse a su mentalidad,

hacerse un poco niños, pero a la vez tomarlos en serio: quien entiende mejor a un niño y quien mejor se hace entender por él, es otro niño.

No es difícil ser niños, nada les cuesta a los pequeños, pero es preciso librarse del afán de sobresalir, de quedar bien, tan típico a veces de los mayores y que nada les importa, sin embargo, a los que tienen pocos años.

Pertenece a la familia de Dios, y ***delante de Dios, que es Eterno, tú eres un niño más chico que, delante de ti, un pequeño de dos años.***

***Y, además de niño, eres hijo de Dios. —No lo olvides.*** Esto nos recordaba san Josemaría: que somos hijos de Dios por el Bautismo. Y como queremos ser buenos hijos, por eso debemos hacernos como niños siguiendo el consejo del Señor: ***En verdad os digo: si no os convertís y os hacéis como los niños no entraréis en el Reino de los Cielos. Pues todo el que se humille como este niño, ése es el mayor en el Reino de los Cielos.*** Y ya sabemos que la humildad está en el reconocimiento de nuestra condición limitada, de nuestra fragilidad, de sabernos necesitados de ayuda: así son los niños, se sienten débiles y, a pesar de todo seguros, porque saben que cuentan con la fortaleza y la protección de todos en su familia, especialmente de sus padres.

Por eso, al agradecer a nuestro Señor que nos haya querido de su Familia, hijos suyos, le pedimos nos conceda la virtud de la humildad que nos hace niños sencillos. Nada nos cuesta así pedirle la ayuda que como buen Padre nos quiere prestar, para que le amemos más cada día para nuestro bien: para reconocer nuestros errores y, arrepentidos, pedir perdón y rectificar; para lograr esos objetivos que nos desarrollan en su presencia haciéndonos más aptos, más adultos como cristianos en su servicio. Con esa sencillez queremos pedirle, con infantil desparpajo, tantas cosas buenas que nos ilusionan y le agradan.

***Ser pequeño: las grandes audacias son siempre de los niños. —¿Quién pide... la luna? — ¿Quién no repara en peligros para conseguir su deseo?***

***“Poned” en un niño “así”, mucha gracia de Dios, el deseo de hacer su Voluntad (de Dios), mucho amor a Jesús, toda la ciencia humana que su capacidad le permita adquirir... y tendréis retratado el carácter de los apóstoles de ahora, tal como indudablemente Dios los quiere.***

Estas palabras, también de san Josemaría, describen el que puede ser nuestro tono habitual con Dios. Podemos ser, debemos ser y sentirnos, hijos pequeños de nuestro Padre Dios, que no tienen medida y piden la luna, confiando en su Padre y en Santa María, su Madre. Así nos quiere Dios. No olvidemos que Jesucristo reprocha la poca fe y la poca audacia para pedir: ***Pedid y se os dará; buscad y hallaréis; llamad y se os abrirá. Porque todo el que pide, recibe; y todo el que busca, encuentra; y al que llama se le abrirá. O ¿quién hay entre vosotros, al que si su hijo pide un pan le da una piedra? ¿O si le pide un pez le da una culebra? Pues si vosotros, siendo malos, sabéis dar a vuestros hijos cosas buenas, ¿cuánto más vuestro Padre que está en los Cielos dará cosas buenas a quienes le pidan?***

Cada uno nos reconocemos con muchos defectos y débiles, pero nuestro Padre Dios es Todopoderoso e inmensamente bueno. No pensemos que es como nosotros, pues quiere mostrar con sus hijos los hombres su santidad y su poder. No queramos ser con Dios como los mayores en sus negocios terrenos, que primero calculan las dificultades, los riesgos, las posibilidades..., para luego decidir. Si somos niños, sólo pensaremos que es nuestro Padre Dios quien nos espera con amor, y que siempre está a favor nuestro.

Y no olvidemos a nuestra Madre, que sabrá meternos cada día más en nuestra verdadera Familia sobrenatural, para la que hemos nacido en la familia humana de nuestros padres y hermanos. Ella, con suavidad de Madre, nos hará más próximo, si se lo pedimos, el corazón de Dios.

---

**PALABRA Y VIDA ([www.palabayvida.com.ar](http://www.palabayvida.com.ar))**

**Padres e hijos: para una educación cristiana**

En la fiesta de la Sagrada Familia es más visible que nunca el sentido de las fiestas cristianas: celebran algo y ayudan a vivir lo que se celebra; la liturgia ilumina la vida y la vida vuelve auténtica la liturgia.

En el plano de la liturgia, hoy celebramos no un hecho singular, sino una realidad de la historia de la salvación: una realidad concreta y natural (¡porque eso es el matrimonio de María y José, el nacimiento de Jesús y la vida común llevada en Nazaret!), que no obstante también está enteramente imbuida del misterio divino. En la familia de Nazaret brillan juntos los dos planos de la acción de Dios: el plano de la creación (“No es bueno que el hombre esté solo...”) y el plano de la redención (“No conozco hombre”): matrimonio y virginidad, naturaleza y gracia. Frente a este matrimonio y a esta familia, puede exclamarse de verdad sin miedo: *¡Este misterio es grande!* (Ef. 5,32). La Sagrada Familia fue, a su modo, un sacramento, más aún, la cuna donde se prepararon todos los sacramentos.

Esto –decíamos– en el plano de la liturgia. En el plano de la vida el sentido de la fiesta de hoy nos es claramente revelado por Pablo en la segunda lectura y es el siguiente: hacer nuestra familia a imagen de la familia de Nazaret, hacer de cada familia cristiana una “santa” familia (si no una familia de santos).

El apóstol Pablo, en ese trozo, saca a relucir las dos relaciones fundamentales que constituyen la familia en sentido estricto: la relación marido-mujer y la relación padres-hijos. La primera relación es concebida como una relación de amor-obediencia: *Mujeres, respeten a su marido... Maridos, amen a su mujer*. Si se la toma al pie de la letra, esta relación no tiene nada de humillante para la mujer: a ella no se le pide, de hecho, que se doblegue a la autoridad, sino al amor del marido y obedecer al amor no es esclavitud sino felicidad. En otra epístola, lo mismo se repite en estos términos: *Maridos, amen a su esposa como Cristo amó a la Iglesia y se entregó por ella* (Ef. 5,25). Por lo tanto, la autoridad es aquí esencialmente “dedicación”.

Muchas veces hemos tenido ocasión de insistir sobre esto. El trozo evangélico de hoy nos invita a concentrar nuestra atención más bien en la segunda relación, entre padres e hijos. Pablo lo formula así: *Hijos, obedezcan a sus padres... Padres, no irriten a sus hijos para que no se desalienten*. En la epístola a los Efesios agrega: *Edúquenlos, corrigiéndolos y aconsejándolos, según el espíritu del Señor* (Ef. 6,4). Vemos aquí expresado, con una palabra, el tema sobre el cual queremos reflexionar hoy: la educación de los hijos, la *paideia* cristiana.

El Evangelio de hoy –decía– nos habla justamente de esto; comienza con las palabras: *Los padres de Jesús...* y continúa todo en esa línea: por un lado María y José, por el otro, Jesús. En Jerusalén, los padres buscan al niño Jesús y una vez que lo hallan le dicen: *Hijo mío, ¿por qué nos has hecho esto?* En Nazaret, Jesús *estaba sometido* a los padres y *el niño iba creciendo y se fortalecía lleno de sabiduría y la gracia de Dios estaba con él*, o sea que era educado.

¿Qué pueden sacar de todo esto los padres cristianos, que viven hoy toda la dificultad que presenta la relación con los hijos? Correspondería decir: nada inmediato; los tiempos eran tan

distintos y las personas envueltas en ese caso eran tan distintas: ¡el Hijo de Dios, la Virgen, san José! Sin embargo, en las imágenes descritas en el Evangelio está encerrado el secreto fundamental de toda educación: Jesús estaba sometido a sus padres, porque sus padres estaban sometidos a Dios. Es utópico hablar de educación –al menos de educación cristiana– si la familia no reúne algunas condiciones preliminares. La primera de esas condiciones es una vida espiritual sana que mantenga a la familia en presencia de Dios, bajo su luz y su bendición. Decir vida espiritual significa decir oración personal y familiar, frecuencia de los sacramentos y la palabra de Dios, amor mutuo y al prójimo.

Otra condición, también fundamental, es el amor mutuo y el entendimiento de los padres entre ellos. El don más grande que los padres pueden hacer a un hijo es el de amarse uno al otro. Don tan grande como el de la vida física. Por eso, cultivar ese amor, hacerla lo más importante de la familia, encontrar cada tanto un poco de tiempo para pasar juntos, incluso lejos de los hijos, si es posible, para hablarse, para comunicarse experiencias y dificultades, para renovar la propia donación mutua en un clima de fe e intimidad no significa quitarles nada a los hijos. Muchos padres piensan todavía que esto es un lujo, un egoísmo, un descuidar a los ojos; por eso siguen volcando separadamente toda su atención en los niños y acaban aumentando cada problema y pasando a ser extraños uno para el otro y obsesivos para con sus hijos. Se equivocan; es necesario reconstruir y mantener siempre vivo a ese sujeto educativo plural que oímos mencionar hace poco en labios de María: *Tu padre y yo*. Nada en la vida puede reemplazar la seguridad y la fuerza que recibe el niño al sentirse sostenido por esas dos voluntades unidas en una sola: *Tu padre y yo; tu madre y yo*. Cuando esto falta, se cumple al pie de la letra la palabra de Jesús: *Un reino donde hay luchas internas no puede subsistir* (Mc. 3, 25). Los niños lo aprovechan apoyándose en uno u otro de los padres y tener así siempre ganada la partida; o lo sufren y se vuelven inseguros y rebeldes.

Las bases son, por lo tanto, la vida espiritual y el esfuerzo continuo de unidad de la pareja. Pero esto no basta; es necesario que los padres sepan cómo utilizar concretamente su acuerdo educativo, qué exigir y qué conceder a los hijos. Existe, en este terreno, una gran equivocación que es necesario disipar: una educación que sea realmente cristiana no es ni siquiera concebible si no parte de esa certeza de fe, de que el niño no llega al mundo naturalmente bueno, predispuesto a toda clase de virtud, y hay que dejarlo solo y no perturbar sus instintos naturales, sino que, por el contrario, venimos al mundo ya heridos por el pecado, propensos al egoísmo y a todo tipo de mal. Muchos padres cristianos, sin darse cuenta, han adoptado respecto de esto una mentalidad totalmente pagana; los distintos programas televisivos y la permisividad de algunas pseudo-teorías científicas terminaron por convencerlos de que el niño es una cosa graciosa para mirar con orgullo mientras crece bello y lozano acostumbrándose a ser el “consumidor” óptimo. Lo más importante entonces no es educar a los hijos sin ahorrar y amasar riquezas para su futuro. San Juan Crisóstomo hablaba, ya en su época, de los que descuidan la salvación de los hijos y la propia, preocupándose solamente por la forma en que, una vez enriquecidos, podrán dejar las riquezas a los hijos y éstos a su vez a sus hijos y éstos a los siguientes, convirtiéndose, por así decirlo, en transmisores de dinero y bienes antes que en padres (cf. *Hom. 59 en Mat.*).

En la Biblia se leen estas palabras: *El que ama a su hijo usa a menudo el látigo, para regocijarse de él al final. El que corrige a su hijo sacará ventaja de ello... El que acaricia a un hijo le hará luego heridas...Educa a tu hijo y cuídate de él así no tendrás que enfrentar su insolencia* (Sir. 30.1-13). Es un código por demás severo, pero contiene una verdad importante: educar significa, textualmente, sacar, hacer surgir algo, como se hace surgir una estatua de un bloque de piedra. Supone, por lo tanto, que el hombre maduro no sale del niño por generación espontánea, sino que es necesario ayudarlo a que se forme una voluntad, un carácter, un sentido moral y sentimientos

válidos. Sólo excepcionalmente para hacerla, es necesario recurrir a los medios sugeridos por el escrito bíblico con la imagen del látigo. A veces, pueden realmente resultar más eficaces el aliento, el cumplido, la caricia y el diálogo. Una vez oí a una mamá diciéndole a la hija de once años que volvía de hacer un encargo: “¡Felicitaciones! Elegiste bien; sé que siempre puedo confiar en ti” y en los ojos que brillaban, vi la alegría serena y la confianza que esto daba a la niña y, como refleja, en la madre.

Decía, el diálogo. Dialogar con los hijos significa concretamente estar con ellos, pasar tiempo juntos, no reducir toda la comunicación a las pocas frases intercambiadas a la mañana antes de ir a trabajar y a la noche antes de encender el televisor. Significa escuchar a los hijos en profundidad, dar un paseo juntos, jugar juntos alguna vez si son pequeños; tomar sus cosas en serio y no cercenar las preguntas desde lo alto de la propia autoridad o la propia “experiencia”. El enemigo número uno del diálogo no es la severidad, sino la ira; la ira ahoga el diálogo y endurece. Es la reacción más común de muchos padres, especialmente si tienen hijos propensos a la rebeldía, pero también la más inútil; no sirve para nada; es mejor esperar a recuperar la calma, porque frente a un ataque de ira, el Chico no piensa que está equivocado, sino simplemente que el padre está furioso y se desahoga con él. A veces, el diálogo exige que un padre o una madre sepa incluso pedir disculpas por un error o un exceso; esto educa enormemente para la honestidad, el respeto, la estima mutua; la autoridad de un padre o una madre se ve fortalecida, no disminuida.

A propósito de las cosas que los hijos deben perdonar a los padres, hay una delicada, de la cual está bien pedir perdón directamente a Dios y no al hijo: la de no haberlo querido. No es infrecuente, en estos días, el caso de una madre que, sin darse cuenta, sufre las consecuencias de un rechazo, de un “no” pronunciado en su interior, el día en que le dijeron: “¡Esperas un hijo!”. Hay conflictos y rebeliones tenaces de parte de los hijos que se instalan y no se resuelven hasta que esa madre no pide sinceramente a Dios que la cure de aquel recuerdo, que la perdone y la ayude a recibir verdaderamente a su hijo.

La serie de deberes educativos que trazamos hasta aquí obviamente no es exhaustiva pero basta para asustar a cualquier padre. San Pablo dice que no hay que desalentar a los hijos; pero, ¿qué se puede decir entonces de los padres frente a este deber tan difícil? Para los padres cristianos hay un solo camino para no desalentarse frente al fracaso o frente a hijos que crecen rebeldes o sin vitalidad: pensar que los hijos no son solamente de ellos, sino y sobre todo de Dios; confiárselos a él que los conoce mejor, que conoce los tiempos de cada uno y las capacidades de cada uno; no para sacárselos de encima, sino para no hacer de un fracaso en este terreno una tragedia que elimine cualquier alegría de vivir y comprometa todo el resto de la vida de familia. Es posible fracasar como padres, aun sin culpa de su parte. Cuando un padre ya no logra hablar con su hijo de Dios, todavía queda una posibilidad: hablarle a Dios del hijo, o sea rezar por él, confiarlo al Señor, aunque se haya ido lejos como el hijo pródigo. .

María y José también experimentaron, como vimos, la pena de haber perdido al hijo; se trató —es cierto— de un extravío bueno, “por el Padre”, pero su angustia no fue por ello menos real. A ellos pueden recurrir todos los padres: los que de los hijos tienen sólo consuelo para que logren hacerlos crecer en edad y sabiduría, hasta la plena madurez; los atribulados a causa de los hijos, para que no se desanimen, sino que con paciencia esperen su cambio y su retorno.



**BIBLIOTECA ALMUDÍ ([www.almudi.org](http://www.almudi.org))**

*Homilía con textos de homilías pronunciadas por San Juan Pablo II*

**Homilía en la parroquia romana de San Marcos (29-XII-1985)**

**– Familia de Belén y familia cristiana**

“Christus natus est nobis, venite adoremus”

La Iglesia entera está aún todavía invadida por la alegría de la Navidad. La alegría de la que participan los corazones de los hombres, reanima las comunidades humanas, se manifiesta en las tradiciones, en las costumbres, en el canto y en la cultura entera.

Un día, en los campos de Belén, los pastores que guardaban sus rebaños fueron atraídos por este anuncio, que hoy repite la Iglesia entera. Todos lo transmiten, por así decir, de boca en boca, de corazón a corazón. “Christus natus est nobis, venite adoremus”.

La Iglesia vive hoy la alegría de la Navidad del Señor, del Hijo de Dios, en Belén: como misterio de la Familia, de la Santa Familia.

Es una verdad profundamente humana: por el nacimiento de un niño la comunidad conyugal del hombre y de la mujer, del marido y de la esposa, se hace más perfectamente familia. Al mismo tiempo, éste es un gran misterio de Dios, que se revela a los hombres: el misterio escondido en la fe y en el corazón de aquellos Esposos, de aquellos Cónyuges: María y José, de Nazaret. Al comienzo sólo ellos fueron testigos de que el Niño que nació en Belén es “Hijo del Altísimo”, venido al mundo por obra del Espíritu Santo.

A ellos dos, a María y José, les fue dado a conocer el misterio de aquella Familia que el Padre celestial, con el nacimiento de Jesús, formó con ellos y entre ellos.

**– Santidad de la familia**

En la medida en que este misterio se revela a los ojos de la fe de los otros hombres, la Iglesia entera ve en la Santa Familia una particular expresión de la cercanía de Dios y al mismo tiempo un signo particular de elevación de toda familia humana, de su dignidad, según el proyecto del Creador.

Esta dignidad se confirma de nuevo con el sacramento del matrimonio, con ese sacramento que es grande –como dice San Pablo– “en Cristo y en la Iglesia” (cfr. Ef 5,32).

Orientando los ojos de nuestra fe hacia la Santa Familia, la liturgia de este domingo trata de poner de relieve lo que es decisivo para la santidad y la dignidad de la familia. Hablan de ello todas las lecturas: tanto el libro del Sirácida como la Carta de San Pablo a los Colosenses, como, finalmente, el Evangelio según Lucas.

En el Salmo responsorial se pone de relieve la singular presencia de Dios en la familia, en la comunión matrimonial del marido y de la mujer, en la comunión que lleva al amor y a la vida. Dios está presente en esta comunión como Creador y Padre, dador de la vida humana y de la vida sobrenatural, de la vida divina. De su bendición participan los cónyuges, los hijos, su trabajo, sus alegrías, sus preocupaciones.

“Dichoso el que teme al Señor...serás dichoso, te irá bien...tu mujer, como parra fecunda...tus hijos, como renuevos de olivo...que veas la prosperidad de Jerusalén, todos los días de tu vida” (Sal 127/128).

**– Comunidad de vida y de amor**

San Pablo, en la Carta a los Colosenses, trata de poner de relieve el clima de la familia cristiana: el clima espiritual, el clima afectivo, el clima moral.

Escribe: “Como pueblo elegido de Dios, pueblo sacro y amado, sea vuestro uniforme: la misericordia entrañable, la bondad, la humildad, la dulzura, la comprensión. Sobrellevaos mutuamente y perdonaos cuando alguno tenga quejas contra otro. El Señor os ha perdonado: haced vosotros lo mismo. Y por encima de todo esto, el amor, que es el ceñidor de la unidad consumada” (Col 3,12-14).

Hay que leer con atención y meditar todo el pasaje de la Carta a los Colosenses, en el que el Apóstol formula los buenos deseos para los cónyuges y las familias cristianas sobre todo aquello que determina el verdadero bien de la comunidad humana, especialmente de aquella que en síntesis se puede llamar “*communio personarum*”, “*íntima comunidad de vida y de amor*” (cfr. *Gaudium et spes*, 49).

No existe otra comunidad interhumana tan unificante, tan profunda y universal como la familia. Y al mismo tiempo, tan capaz de hacer felices, y tan exigente, porque es muy vulnerable, dado que está expuesta a diversas “heridas”.

Por ello los buenos deseos del Apóstol se refieren a los problemas más esenciales de la familia cuando escribe:

- revestíos de “amor, que es el ceñidor de la unidad consumada...”;
- “la paz de Cristo actúe de árbitro en vuestro corazón...”;
- “la palabra de Cristo habite entre vosotros en toda su riqueza”.

Así se forma la familia humana en toda su dignidad y nobleza, en su entera belleza espiritual (que es incomparablemente más importante que todas las riquezas “reales” y materiales), ¡por la Palabra de Dios!, ¡por la palabra de Cristo!

En esta Palabra se encierran las indicaciones y los mandamientos que determinan la solidez moral de aquella fundamental comunidad humana, de aquella “*communio personarum*”.

Por ello se puede decir que toda la primera lectura de la liturgia de hoy es un amplio comentario al IV mandamiento del Decálogo:

¡”Honra a tu padre y a tu madre”!

Hay que leer con atención este texto y meditarlo, teniendo siempre ante los ojos aquel “amor, que es el ceñidor de la unidad consumada”.

Efectivamente, el amor crea el honor, la estima recíproca, la solicitud premurosa, tanto en la relación de los hijos hacia los padres, como en la de los padres hacia los hijos, y sobre todo en la relación recíproca entre los cónyuges.

De este modo el matrimonio y la familia se convierten en aquel ambiente educativo que es absolutamente insustituible: el primero y fundamental y más consistente ambiente humano, que se convierte luego la “*iglesia doméstica*”. Se puede decir que en la familia también la educación se hace, a menudo inadvertidamente, una autoeducación, porque una sana comunidad familiar permite de por sí el desarrollo normal de toda persona que la compone.

Una especial confirmación de esta realidad son las palabras del Evangelio de San Lucas sobre Jesús cuando tenía doce años:

“Él bajó con ellos (es decir, con María y José)... y siguió bajo su autoridad. Su madre conservaba todo esto en su corazón. Y Jesús iba creciendo en sabiduría, en estatura y en gracia ante Dios y los hombres” (Lc 2,51-52).

El testimonio sobre la vida de la Santa Familia de Nazaret, como oís, es muy conciso, y al mismo tiempo rico de contenido.

En esta perspectiva y en este contexto fueron pronunciadas las palabras de Jesús cuando tenía doce años, palabras que se proyectan en su futuro:

“¿Por qué me buscabais? ¿No sabíais que yo debía estar en la casa de mi Padre?” (Lc 2,49).

Precisamente estas palabras que se proyectan en el futuro –las palabras que María y José en aquel momento todavía no comprendían– constituyen una especial comprobación de la santidad de la Familia de Nazaret.

Palabras como éstas, que miran al futuro de los hijos, son fruto de la intensa madurez espiritual de toda familia cristiana.

En efecto, junto a los padres deben madurar los jóvenes, hijos e hijas, para una específica vocación que cada uno de ellos recibe de Dios.

Hagamos siempre nuestras las palabras de esta oración: “Dios, Padre nuestro, que has propuesto la Sagrada Familia como maravilloso ejemplo a los ojos de tu pueblo: concédenos, te rogamos, que, imitando sus virtudes domésticas y su unión en el amor, lleguemos a gozar de los premios eternos en el hogar del cielo”.

\*\*\*

### ***Homilía a cargo de D. Justo Luis Rodríguez Sánchez de Alva***

Cristo vivió la mayor parte de su vida en este mundo junto a sus padres. Esta larga permanencia, tanto más llamativa por cuanto que fue enviado por el Padre con un plan de salvación, pone de relieve la importancia que tiene el hogar en los planes de Dios.

Dios ha elevado a la categoría de un precepto el amar y honrar a los padres. Se trata, por tanto de algo que está por encima de las conveniencias y de los sentimientos humanos, algo que pertenece a la naturaleza misma de las cosas tal como Dios las ha querido. Porque el hombre, enseña Sto. Tomás, “se hace deudor de los demás según la excelencia y según los beneficios que de ellos ha recibido. Por ambos títulos, Dios ocupa el primer lugar, por ser sumamente excelente y se principio primero de nuestro existir y de nuestro gobierno. Pero después de Dios, los padres..., pues de ellos hemos nacido y nos hemos criado...; es a quienes más debemos”.

Todo lo que hagamos por nuestros padres, especialmente en la ancianidad, será poco: “Hijo mío –acabamos de escuchar en la 1ª Lectura–, sé constante en honrar a tu padre, no lo abandones mientras viva; aunque flaquee su mente, ten indulgencia, no lo abochornes... La piedad para con tu padre no se olvidará, será tenida en cuenta para pagar tus pecados”. Pero este amor hecho de gratitud no debe impedir a los hijos seguir con libertad el camino que Dios les haya trazado. De ahí que S. Jerónimo recuerde: “Honra a tu padre, pero si no te separa del verdadero Padre”. No es verdadera piedad filial la que lleva a desoír la llamada a una vida entregada completamente a Dios por atender a los padres. Sobre todo, a esos padres absorbentes, vampiros, los llaman algunos siquiátras, que exigen, con una voracidad siempre insatisfecha, una compañía que los hijos no pueden objetivamente proporcionarles. Y no hay verdadero amor a los hijos, es más, nos convertimos en sus enemigos

“enemigos del hombre los de su casa” Mt 10, 36) cuando nos oponemos resueltamente a lo que Dios espera de ellos.

El comportamiento de María y José cuando encuentran en el Templo a su Hijo después de tres días de angustiosa búsqueda es un ejemplo a seguir, tanto más, por cuanto que “ellos no entendieron lo que quería decir”. “Jesús tenía conciencia, enseña Juan Pablo II, de que ‘nadie conoce bien al Hijo sino el Padre’ (cf Mt 11,27), tanto que aún aquella a la cual había sido revelado el misterio de su filiación divina, su Madre, vivía en la intimidad con este misterio sólo por medio de la fe. Hallándose al lado del Hijo, bajo un mismo techo..., avanzaba en la peregrinación de la fe, como subraya el Concilio (L. G. 58)”. El niño, desde su primera infancia, ha de palpar en el hogar que, junto a las personas que ve, hay otra presencia misteriosa en su vida: Dios, de cuyo amor dependen sus padres y él. Si al llegar a la adolescencia decide –como Jesús– ocuparse de las cosas de Dios y esto implica la separación física de sus padres, éstos, como María y José, han de respetar esa decisión aunque, como ellos, no la entiendan.

“¿Por qué me buscabais? ¿No sabíais que yo debía estar en la casa de mi Padre”. Si hemos concebido nuestra vida como un extender el reinado de Jesucristo, la satisfacción de los padres consistirá en ver cómo sus hijos se implican en ese proyecto. ¡Cuántos buenos padres han acariciado en lo íntimo de su corazón tener un hijo sacerdote! “Que Nazaret nos enseñe lo que es la familia, decía Pablo VI, su comunión de amor, su austera y sencilla belleza, su carácter sagrado”.

\*\*\*

### ***Homilía basada en el Catecismo de la Iglesia Católica***

*«Los padres de Jesús lo encuentran en el templo»*

#### **I. LA PALABRA DE DIOS**

Si 3, 3-7. 14-17a: «El que teme al Señor, honra a sus padres»

Sal 127, 1-2.3.4-5: «Dichoso el que teme al Señor»

Col 3, 12-21: «La vida de familia vivida en el Señor»

Lc 2, 41-52: «Los padres de Jesús lo encuentran en medio de los hombres»

#### **II. LA FE DE LA IGLESIA**

«La comunidad conyugal está establecida sobre el consentimiento de los esposos. El matrimonio y la familia están ordenados al bien de los esposos y a la procreación y educación de los hijos» (2201).

«La familia cristiana constituye una revelación y una actuación específicas de la comunión eclesial; por eso puede y debe decirse Iglesia doméstica. Es una comunidad de fe, esperanza y caridad» (2204).

La familia cristiana es una comunión de personas, reflejo e imagen de la comunión del Padre y del Hijo en el Espíritu Santo... (2205).

#### **III. TESTIMONIO CRISTIANO**

«Para expresar la comunión entre generaciones el Divino Legislador no encontró palabra más apropiada que esta: «Honra...» (Ex 20,12). Estamos ante otro modo de expresar lo que es la familia. La familia es una comunidad de relaciones interpersonales particularmente intensas: entre esposos, entre padres e hijos, entre generaciones; es una comunidad que ha de ser especialmente garantizada.

Y Dios no encuentra garantía mejor que ésta: «Honra». «Honra» quiere decir: reconoce, o sea, déjate guiar por el reconocimiento conocido de la persona, de la del padre y la de la madre ante todo y también de la de todos los demás miembros de la familia» (Juan Pablo II, Carta a las familias, 15).

#### **IV. SUGERENCIAS PARA EL ESTUDIO DE LA HOMILÍA**

##### **A. Apunte bíblico-litúrgico**

A la familia se refieren las tres lecturas proclamadas. La primera de ellas a la familia en cuanto institución; las otras dos, a la familia cristiana.

El autor del Eclesiástico se fija en la relación del hijo con los padres. Se insinúa implícitamente la corriente de vida que los padres transmiten a los hijos...

El Evangelio da varios datos que configuran la familia cristiana. Comunión en el amor («Te buscábamos angustiados»). Unidos en la prueba (desandan el camino para la búsqueda del Niño). Cumplimiento del deber religioso (el hecho de subir a celebrar la Pascua y las palabras de Cristo «no sabíais que debo ocuparme en las cosas de mi Padre») y escuela de realización personal («Jesús iba creciendo en sabiduría y gracia ante Dios y ante los hombres»).

##### **B. Contenidos del Catecismo de la Iglesia Católica**

*La fe:*

Los misterios de la vida oculta de Jesús: 531-534.

*La respuesta:*

La familia cristiana: 2201-2206.

El cuarto mandamiento: 2251-2253.

##### **C. Otras sugerencias**

La actual cultura plantea grandes desafíos a la familia. El amor esponsal se desnaturaliza por la enorme fuerza del hedonismo y el amor libre. Se hace necesaria una educación para un amor paciente, abnegado, comprensivo.

El cristiano está llamado a defender y actualizar la familia cristiana conforme a la Doctrina Social de la Iglesia.

Muchas familias existen hoy víctimas de pobreza y marginación que tienen que emigrar de su país y no encuentran protección en el país que las recibe. Como emigró a Egipto la familia de Nazaret.

---

### **HABLAR CON DIOS ([www.hablarcondios.org](http://www.hablarcondios.org))**

#### **La familia de Nazaret**

##### **— Jesús quiso comenzar la Redención del mundo enraizado en una familia**

**I.** *Cuando cumplieron todas las cosas mandadas en la Ley del Señor regresaron a Galilea, a su ciudad de Nazaret. El niño iba creciendo y fortaleciéndose lleno de sabiduría, y la gracia de Dios estaba en él<sup>1</sup>.*

---

<sup>1</sup> Lc 2, 39-40.

El Mesías quiso comenzar su tarea redentora en el seno de una familia sencilla, normal. Lo primero que santificó Jesús con su presencia fue un hogar. Nada ocurre de extraordinario en estos años de Nazaret, donde Jesús pasa la mayor parte de su vida.

José era el cabeza de familia; como padre legal, él era quien sostenía a Jesús y a María con su trabajo. Es él quien recibe el mensaje del nombre que ha de poner al Niño: *Le pondrás por nombre Jesús*; y los que tienen como fin la protección del Hijo: *Levántate, toma al Niño y huye a Egipto. Levántate, toma al Niño y vuelve a la patria. No vayas a Belén, sino a Nazaret. De él aprendió Jesús su propio oficio, el medio de ganarse la vida. Jesús le manifestaría muchas veces su admiración y su cariño.*

De María, Jesús aprendió formas de hablar, dichos populares llenos de sabiduría, que más tarde empleará en su predicación. Vio cómo Ella guardaba un poco de masa de un día para otro, para que se hiciera levadura; le echaba agua y la mezclaba con la nueva masa, dejándola fermentar bien arropada con un paño limpio. Cuando la Madre remendaba la ropa, el Niño la observaba. Si un vestido tenía una rasgadura buscaba Ella un pedazo de paño que se acomodase al remiendo. Jesús, con la curiosidad propia de los niños, le preguntaba por qué no empleaba una tela nueva; la Virgen le explicaba que los retazos nuevos cuando se mojan tiran del paño anterior y lo rasgan; por eso había que hacer el remiendo con un paño viejo... Los vestidos mejores, los de fiesta, solían guardarse en un arca. María ponía gran cuidado en meter también determinadas plantas olorosas para evitar que la polilla los destrozara. Años más tarde, esos sucesos aparecerán en la predicación de Jesús. No podemos olvidar esta enseñanza fundamental para nuestra vida corriente: *la casi totalidad de los días que Nuestra Señora pasó en la tierra transcurrieron de una manera muy parecida a las jornadas de otros millones de mujeres, ocupadas en cuidar de su familia, en educar a sus hijos, en sacar adelante las tareas del hogar. María santifica lo más menudo, lo que muchos consideran erróneamente como intrascendente y sin valor: el trabajo de cada día, los detalles de atención hacia las personas queridas, las conversaciones y las visitas con motivo de parentesco o de amistad. ¡Bendita normalidad, que puede estar llena de tanto amor a Dios!<sup>2</sup>.*

Entre José y María había cariño santo, espíritu de servicio, comprensión y deseos de hacerse la vida feliz mutuamente. Así es la familia de Jesús: sagrada, santa, ejemplar, modelo de virtudes humanas, dispuesta a cumplir con exactitud la voluntad de Dios. El hogar cristiano debe ser imitación del de Nazaret: un lugar donde quepa Dios y pueda estar en el centro del amor que todos se tienen ¿Es así nuestro hogar? ¿Le dedicamos el tiempo y la atención que merece? ¿Es Jesús el centro? ¿Nos desvivimos por los demás? Son preguntas que pueden ser oportunas en nuestra oración de hoy, mientras contemplamos a Jesús, a María y a José en la fiesta que les dedica la Iglesia.

#### — La misión de los padres. Ejemplo de María y de José

En la familia, «los padres deben ser para sus hijos los primeros educadores de la fe, mediante la Palabra y el ejemplo»<sup>3</sup>. Esto se cumplió de manera singularísima en el caso de la Sagrada Familia. Jesús aprendió de sus padres el significado de las cosas que le rodeaban.

La Sagrada Familia recitaría con devoción las oraciones tradicionales que se rezaban en todos los hogares israelitas, pero en aquella casa todo lo que se refería a Dios particularmente tenía un sentido y un contenido nuevo. ¡Con qué prontitud, fervor y recogimiento repetiría Jesús los

---

<sup>2</sup> SAN JOSEMARÍA, *Es Cristo que pasa*, 148.

<sup>3</sup> CONC. VAT. II, Const. *Lumen gentium*, 11.

versículos de la Sagrada Escritura que los niños hebreos tenían que aprender!<sup>4</sup>. Recitaría muchas veces estas oraciones aprendidas de labios de sus padres.

Al meditar estas escenas, los padres han de considerar con frecuencia las palabras del Papa Pablo VI recordadas por Juan Pablo II: «¿Enseñáis a vuestros niños las oraciones del cristiano? ¿Preparáis, de acuerdo con los sacerdotes, a vuestros hijos para los sacramentos de la primera edad: confesión, comunión, confirmación? ¿Los acostumbráis, si están enfermos, a pensar en Cristo que sufre? ¿A invocar la ayuda de la Virgen y de los santos? ¿Rezáis el Rosario en familia? (...) ¿Sabéis rezar con vuestros hijos, con toda la comunidad doméstica, al menos alguna vez? Vuestro ejemplo en la rectitud del pensamiento y de la acción, apoyado por alguna oración común, vale una lección de vida, vale un acto de culto de mérito singular; lleváis de este modo la paz al interior de los muros domésticos: *Pax huic domui*. Recordad: así edificáis la Iglesia»<sup>5</sup>.

Los hogares cristianos, si imitan el que formó la Sagrada Familia de Nazaret, serán «hogares luminosos y alegres»<sup>6</sup>, porque cada miembro de la familia se esforzará en primer lugar en su trato con el Señor, y con espíritu de sacrificio procurará una convivencia cada día más amable.

La familia es escuela de virtudes y el lugar ordinario donde hemos de encontrar a Dios. *La fe y la esperanza se han de manifestar en el sosiego con que se enfocan los problemas, pequeños o grandes, que en todos los hogares ocurren, en la ilusión con que se persevera en el cumplimiento del propio deber. La caridad lo llenará así todo, y llevará a compartir las alegrías y los posibles sinsabores; a saber sonreír, olvidándose de las propias preocupaciones para atender a los demás; a escuchar al otro cónyuge o a los hijos, mostrándoles que de verdad se les quiere y comprende; a pasar por alto menudos roces sin importancia que el egoísmo podría convertir en montañas; a poner un gran amor en los pequeños servicios de que está compuesta la convivencia diaria.*

*Santificar el hogar día a día, crear, con el cariño, un auténtico ambiente de familia: de eso se trata. Para santificar cada jornada se han de ejercitar muchas virtudes cristianas; las teologales en primer lugar y, luego, todas las otras: la prudencia, la lealtad, la sinceridad, la humildad, el trabajo, la alegría...<sup>7</sup>.*

Estas virtudes fortalecerán la unidad que la Iglesia nos enseña a pedir: *Tú, que al nacer en una familia fortaleciste los vínculos familiares, haz que las familias vean crecer la unidad*<sup>8</sup>.

Una familia unida a Cristo es un miembro de su Cuerpo místico, y ha sido llamada «iglesia doméstica»<sup>9</sup>. Esa comunidad de fe y de amor se ha de manifestar en cada circunstancia, como la Iglesia misma, como testimonio vivo de Cristo. «La familia cristiana proclama en voz muy alta tanto las presentes virtudes del reino, como la esperanza de la vida bienaventurada»<sup>10</sup>. La fidelidad de los esposos a su vocación matrimonial les llevará incluso a pedir la vocación de sus hijos para dedicarse con abnegación al servicio del Señor.

### — La Sagrada Familia, ejemplo para todas las familias

En la Sagrada Familia cada hogar cristiano tiene su ejemplo más acabado; en ella, la familia cristiana puede descubrir lo que debe hacer y el modo de comportarse, para la santificación y la

<sup>4</sup> Cfr. *Sal* 55, 18; *Dn* 6, 11; *Sal* 119.

<sup>5</sup> S. JUAN PABLO II, Exhort. Apost. *Familiaris consortio*, 60.

<sup>6</sup> Cfr. SAN JOSEMARÍA, *Es Cristo que pasa*, 22.

<sup>7</sup> *Ibidem*, 23.

<sup>8</sup> Preces. *II Vísperas del día 1 de enero*.

<sup>9</sup> CONC. VAT. II, Const. *Lumen gentium*, 11.

<sup>10</sup> *Ibidem*, 35.



plenitud humana de cada uno de sus miembros. «Nazaret es la escuela donde empieza a entenderse la vida de Jesús, es la escuela donde se inicia el conocimiento de su Evangelio. Aquí aprendemos a observar, a escuchar, a meditar, a penetrar en el sentido profundo y misterioso de esta sencilla, humilde y encantadora manifestación del Hijo de Dios entre los hombres. Aquí se aprende incluso quizá de una manera casi insensible, a imitar esta vida»<sup>11</sup>.

La familia es la forma básica y más sencilla de la sociedad. Es la principal «escuela de todas las virtudes sociales». Es el semillero de la vida social, pues es en la familia donde se ejercita la obediencia, la preocupación por los demás, el sentido de responsabilidad, la comprensión y ayuda, la coordinación amorosa entre las diversas maneras de ser. Esto se realiza especialmente en las familias numerosas, siempre alabadas por la Iglesia<sup>12</sup>. De hecho, se ha comprobado que la salud de una sociedad se mide por la salud de las familias. De aquí que los ataques directos a la familia (como es el caso de la introducción del divorcio en la legislación) sean ataques directos a la sociedad misma, cuyos resultados no se hacen esperar.

«Que la Virgen María, Madre de la Iglesia, sea también Madre de la “Iglesia doméstica”, y, gracias a su ayuda materna, cada familia cristiana pueda llegar a ser verdaderamente una pequeña Iglesia de Cristo. Sea ella, Esclava del Señor, ejemplo de acogida humilde y generosa de la voluntad de Dios; sea ella, Madre Dolorosa a los pies de la Cruz, la que alivie los sufrimientos y enjague las lágrimas de cuantos sufren por las dificultades de sus familias.

»Que Cristo Señor, Rey del universo, Rey de las familias, esté presente, como en Caná, en cada hogar cristiano para dar luz, alegría, serenidad y fortaleza»<sup>13</sup>.

De modo muy especial le pedimos hoy a la Sagrada Familia por cada uno de los miembros de nuestra familia, por el más necesitado.

---

**Rev. D. Joan Ant. MATEO i García (La Fuliola, Lleida, España) ([www.evangelinet.net](http://www.evangelinet.net))**

### **Le encontraron en el Templo sentado en medio de los maestros. Estaban estupefactos por su inteligencia**

Hoy contemplamos, como continuación del Misterio de la Encarnación, la inserción del Hijo de Dios en la comunidad humana por excelencia, la familia, y la progresiva educación de Jesús por parte de José y María. Como dice el Evangelio, «Jesús progresaba en sabiduría, en estatura y en gracia ante Dios y ante los hombres» (Lc 2,52).

El libro del Siracida, nos recordaba que «el Señor glorifica al padre en los hijos, y afirma el derecho de la madre sobre su prole» (Si 3,2). Jesús tiene doce años y manifiesta la buena educación recibida en el hogar de Nazaret. La sabiduría que muestra evidencia, sin duda, la acción del Espíritu Santo, pero también el innegable buen saber educador de José y María. La zozobra de María y José pone de manifiesto su solicitud educadora y su compañía amorosa hacia Jesús.

No es necesario hacer grandes razonamientos para ver que hoy, más que nunca, es necesario que la familia asuma con fuerza la misión educadora que Dios le ha confiado. Educar es introducir en la realidad, y sólo lo puede hacer aquél que la vive con sentido. Los padres y madres cristianos han de educar desde Cristo, fuente de sentido y de sabiduría.

---

<sup>11</sup> B. PABLO VI, *Aloc. Nazaret*, 5-I-1964 .

<sup>12</sup> Cfr. CONC. VAT. II, Const. *Gaudium et spes*, 52.

<sup>13</sup> S. JUAN PABLO II, Exhort. Apost. *Familiaris consortio*, 86

*Fiesta de la Sagrada Familia (C)*

Difícilmente se puede poner remedio a los déficits de educación del hogar. Todo aquello que no se aprende en casa tampoco se aprende fuera, si no es con gran dificultad. Jesús vivía y aprendía con naturalidad en el hogar de Nazaret las virtudes que José y María ejercían constantemente: espíritu de servicio a Dios y a los hombres, piedad, amor al trabajo bien hecho, solicitud de unos por los otros, delicadeza, respeto, horror al pecado... Los niños, para crecer como cristianos, necesitan testimonios y, si éstos son los padres, esos niños serán afortunados.

Es necesario que todos vayamos hoy a buscar la sabiduría de Cristo para llevarla a nuestras familias. Un antiguo escritor, Orígenes, comentando el Evangelio de hoy, decía que es necesario que aquel que busca a Cristo, lo busque no de manera negligente y con dejadez, como lo hacen algunos que no llegan a encontrarlo. Hay que buscarlo con “inquietud”, con un gran afán, como lo buscaban José y María.

---